

relatos libres

FANZINE LITERARIO PARA LA REFLEXION

MEMORIA Y DIGNIDAD



CONTENIDOS:

EDITORIAL

Hay que seguir contándolo

Número 1

7 Relatos

Puedes ayudar a este proyecto literario con una
donación para cubrir costes de impresión

RINCÓN POÉTICO
Nos Quisieron Robar la Memoria
MOTIVACIONES LITERARIAS

Septiembre 2025

relatos libres

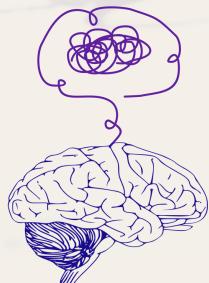
FANZINE LITERARIO PARA LA REFLEXION



La Clave es un grupo de personas que escribe y se reúne para leer sus relatos, debatir y reflexionar sobre temas sociales. El fanzine recoge estos relatos y quiere compartir ese ejercicio de pensamiento crítico contigo.

Dirección, redacción, corrección y maquetación a cargo del grupo literario autogestionado "La Clave"

Escritores y escritoras que han participado en esta publicación:



Irene Herraíz Ramos
Elena Calvo Guzmán
Elena Sabaté Rubio
Argeme Jiménez Domínguez
Ana M. Rabadán Jiménez
José Carlos Gilazaña Puertas
Alfonso González Solares



Colaboraciones:

Pilar Jiménez Ortega
Rosa Gamero Arrogante



Los textos literarios están bajo la protección del Registro de Propiedad Intelectual



REGISTRO TERRITORIAL
DE LA PROPIEDAD
INTELECTUAL

EDITORIAL

HAY QUE
SEGUIR
CONTÁNDOLO

Creemos que es un imperativo de la literatura apuntalar la memoria histórica como derecho, ya que hay daños y genocidios que nunca han recibido castigo, enmascarados por la manipulación de sus ejecutores y herederos.

Todo ello debe tener una contestación honesta a ese olvido que ha sepultado en el anonimato a pueblos enteros.

La escritura no puede permanecer indiferente. Sentimos la necesidad de reivindicar la presencia y la dignidad de todo lo silenciado por el relato de los vencedores.

Hay que evitar los errores del pasado. No podemos, ni debemos olvidar la represión, las torturas, las ejecuciones, los presos esclavizados, los exilios. Aceptar que esto no ocurrió, nos impide reconocernos en el espejo de la historia.

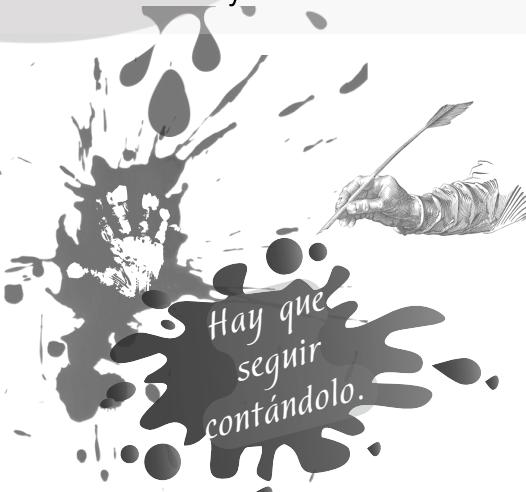
En cada rincón de España se escondía, y se esconde aún, el miedo paralizante que anestesia las conciencias, ante el sufrimiento y la muerte de sus convecinos. Éste garantiza un silencio cómplice que se extiende y se replica a lo largo de los años, traspasando incluso la dictadura franquista.

Hasta el momento todas aquellas voces no han servido más que para hacer brotar lágrimas contenidas durante generaciones, sentimientos atrapados entre dientes y humillaciones constantes.

Quien blanquea una dictadura lo hace por ignorancia o maldad. Contra ambas hay que luchar. Los autores y las autoras en el exilio lo sabían. En los regímenes totalitarios sólo se sienten seguros quienes tienen miedo a la libertad.

Nuestro grupo literario ofrece este trabajo como una contribución a la lucha contra la amnesia injusta y reiterada.

La herida no se ha cerrado, sigue oculta por la tierra y la vergüenza en fosas comunes y cunetas.



CONTENIDOS

RELATOS



- Fueron tres 5
Irene Herraiz Ramos
- El carné 9
Elena Calvo Guzmán
- Hambre 12
Elena Sabaté Rubio
- Oír, ver y callar. La pulsera 14
Ana M.ª Rabadán Jiménez
- La memoria germina y se atrincha 49
Alfonso González Solares
- ¡Malos tiempos! 54
Argeme Jiménez Domínguez
- María 55
José Carlos Gilazaña Puertas

RINCÓN POÉTICO

- Dos sillas 57
Alfonso González Solares
- Nublada la memoria... 59
Argeme Jiménez Domínguez
- Oda a la lechera 60
Rosa Gamero Arrogante
- La Jara 61
Pilar Jiménez Ortega.
- 62

NOS QUISIERON ROBAR LA MEMORIA

MOTIVACIONES LITERARIAS



FUERON TRES

Autora: Irene Herraiz Ramos



Casi la hora del aperitivo y el pueblo bullía. Era un sábado cualquiera del mes de septiembre pero aún hacía calor y la plaza se llenaba de sombrillas. Desplegaban sus colores como si fueran ramales aglutinados al borde de los soportales y luego seguían floreciendo a lo largo de toda la Calle Mayor. El edificio del ayuntamiento se alzaba sobre todo el conjunto con un orgullo vetusto. A pesar de sus pretensiones, me parecía más pequeño de cómo yo lo recordaba. Encastrado en su torre, un reloj que atrasaba y en sus tres balcones un forro flamante de tela roja y amarilla que los envolvía.

Se había convertido en un pueblo de veraneo. A partir de los setenta se fue llenando de gente morena y estilosa que invadió poco a poco con sus chalets y sus piscinas todos los paisajes de mi infancia.

Habían pasado casi veinte años desde la muerte de mis padres, se fueron uno detrás del otro, y desde entonces yo no había vuelto. Lo hacía ahora, presionada por mis primos, para solucionar la venta de la casa de los abuelos, que se estaba cayendo de vieja.

Mientras aparcaba en las afueras, cerca de la antigua escuela convertida ahora en un centro de salud, sonaron las campanadas de las doce. Me sobraba tiempo. Tomé un café sentada en una de aquellas terrazas mientras escrutaba las caras de la gente por si veía a alguien conocido y después me animé a dar un paseo por unas calles tan transformadas que apenas reconocía.

Subí los escalones que llevan a la iglesia. Antes siempre había nidos de cigüeña en lo alto de su espadaña, pero ahora ya no. Habían puesto una especie de pinchos que afeaban el campanario desgastado y le daban un aire amenazante, como de mal sueño.

Me senté en el murete de piedra a la sombra del pórtico y me vi rodeada por las toscas columnas que protegían la entrada, allí seguían, salpicadas de heridas antiguas con corazones, nombres y fechas que, a fuerza de navajas y puntas, las parejas de adolescentes habían ido arrancando un verano tras otro con el afán de dejar constancia de lo que existió. En la última de la esquina, a media altura, estaba la mía, poco profunda, casi borrada.

FUERON TRES

Mi madre y mi tía siempre iban juntas a misa. Desde allí me figuré que aparecerían de un momento a otro con sus rosarios y sus velos, oliendo a colonia de jazmín, como todos los domingos de mis recuerdos. Se me empezaron a saltar las lágrimas al pensar en aquellas dos viudas jóvenes inseparables que siguen juntas en el cementerio, al lado de la iglesia, del que solo me separaban unos metros, pero a donde no tenía intención de acercarme.

El canto rodado del pavimento estaba suelto en algunas zonas y al mover los pies, adelante y atrás, las piedras bailaban resbalando bajo mis suelas. Me enredé un rato pensando cómo algunas imágenes se quedan en la memoria para siempre.

Al levantar la vista, de pronto vi lo que siempre estuvo allí pero nunca me paré a mirar. Una placa de homenaje a los caídos, un vestigio de mármol amarillento con unas letras negras como insectos, llenas de polvo, encabezadas por el yugo y las flechas. Jamás había reparado en su existencia. La recorrió con la vista buscando algún apellido que me sonara. Tres de los nombres eran ilegibles, sus letras estaban rotas de forma irregular, no se habían caído, más bien parecía que hubieran intentado desfigurarlas de forma deliberada pero burda, como cuando quieres machacar algo y lo golpeas con lo primero que encuentras.

Se me había echado el tiempo encima. Aunque ya habíamos hablado por teléfono, mis primos me contaron durante la comida lo que pensaban hacer con la casa y las pocas tierras que quedaban.

Cuando vinieron los cafés sacaron papeles antiguos de una carpeta y me los enseñaron mientras me iban dando detalles, que a mí me sobraban, de todos los trámites que se nos venían encima. En un descanso de la pormenorizada explicación, cuando yo ya llevaba un buen rato desconectada de la tertulia por puro cansancio, se me ocurrió preguntarle a mi prima Candela por los nombres destrozados de la placa, que me habían dejado algo intrigada; pensé que al ser la mayor y viviendo siempre en el pueblo, podría saber algo de aquello.

“– Está así desde siempre, que yo recuerde. Vete tú a saber, con los años que tiene. En los pueblos, ya sabes... gamberradas. Creo que las repusieron unas cuantas veces y otras tantas las volvieron a romper, hasta que se cansaron, pero de eso hace un montón de tiempo. Total, ¿a quien le importa ya eso? En fin hija, que no tengo ni idea. Pero si quieras, esta tarde, cuando vayamos a la residencia le preguntamos al abuelo. Tiene la cabeza un poco ida, pero a veces se acuerda bien de cosas que pasaron hace mucho, a ver si él sabe decirte algo”

FUERON TRES

Y esa era otra, la visita al abuelo. Para mí, casi un desconocido. Nunca tuve una conversación con él, me resultaba un hombre extraño. De pequeña me daba un poco de miedo. Era grande y oscuro, con las manos sucias y llenas de callos, me fijaba en ellas cuando partía el pan en la mesa. Hablaba poco y roncaba mucho cuando dormía la siesta. Siempre estaba en el campo, en la era o en el huerto; nunca iba a la taberna como los demás a la caída de la tarde, él se sentaba en la puerta de la casa y se liaba un cigarro de picadura, después se ponía a devastar trozos de madera para hacer cucharas y saludaba levantando un poco la barbilla, si alguien pasaba por la calle. Me parece que ya era viejo por entonces.

En los veranos los nietos entrábamos y salíamos corriendo sin verle apenas, él tampoco parecía vernos y ahora tenía que enfrentarme a esa visita forzosa.

— Tiene principio de demencia, eso dicen los médicos, pero ya verás que bien está para noventa y ocho años, ni siquiera tiene que llevar pañal. No te creas, aún camina algo con ayuda, pero como va tan despacio, al personal le es más cómodo trasladarle en la silla», me dijo Candela.

Al abuelo le habían hecho firmar un poder notarial para que los nietos nos pudiéramos hacer cargo de todo.

Ella se adelantó por el ancho pasillo con olor a desinfectante, hasta llegar a la hilera de sillas de ruedas aparcadas en el jardín a la espera de las visitas.

Candela le señaló "Míralo, ahí lo tienes, no se quita la boina así lo maten" Se había convertido en un hombrecillo encogido, con la cara surcada y la mirada perdida. Las dos nos sentamos juntas frente a él y mi prima tomó la iniciativa.

— ¿Te acuerdas de Sonsóles? Es tu nieta, la de la Angustias. Ha venido a verte.

Mi abuelo alzó sus ojillos nublados y asintió con una media sonrisa. Su pasividad complaciente me hizo sentir algo menos tensa. "Algunas veces no nos conoce, hoy parece que está más espabilado. ¿Qué se puede pedir, con su edad? El caso es que dicen que come bien y con esa fortaleza, tenemos abuelo para rato" Candela hablaba como si él no estuviera delante y yo me sentía incómoda.

Después mi prima empezó a contarle novedades de los chicos, le preguntaba qué había comido y si tenía frío por las noches porque ya empezaba a refrescar. Él contestaba con frases escuetas y monosílabos, su voz era apenas un murmullo que nos costaba entender.

FUERON TRES

De pronto Candela se acordó: "¡Ah, abuelo! Te vamos a preguntar una cosa: ¿Tú sabes de quien son esos nombres de la placa de la iglesia, los que siempre están rotos? Sonsóles se ha fijado hoy. Yo creo que llevan rotos toda la vida ¿Tú te acuerdas?"

El abuelo bajó la vista, pareció ensimismarse haciendo rebotar la goma de la garrota, con pequeños golpecitos nerviosos y acompañados contra el suelo, pero no respondió. Después de un rato, cuando mi prima, que no llevaba bien los silencios, ya le había contado quienes se había muerto en el pueblo desde su última visita y cómo íbamos a repartir lo que había dentro de la casa, nos levantamos para empezar a despedirnos porque él parecía ya no escuchar, sólo se movía algo alterado buscando la postura en su silla.

Le di un beso y noté el contacto de su piel fría, sabiendo que sería la última vez. Nos colgamos los bolsos y ya habíamos empezado a caminar hacia la salida, cuando nos detuvo un grito fuerte y ronco. Mi abuelo se había puesto de pie para que su voz llegara más lejos.

— ¡Esos tres malnacidos raparon a mi madre!

Nos volvimos a sentar frente a él y pasamos toda la tarde escuchándole con el alma encogida.



EL CARNÉ

Autora: Elena Calvo Guzmán



Mi padre murió por algo tan simple como su carné de sindicalista.

Nunca estuvo involucrado en política, pero sí tenía clara su propia visión del mundo, por eso se afilió a un sindicato. Así fue, al parecer, como acabó en el bando equivocado. Siempre se llevó bien, o eso pensaba, con todos. No creo que llegara nunca a imaginar que un trozo de cartón sería la excusa perfecta para justificar su asesinato.

Cuando todo esto ocurrió, yo era demasiado pequeña para entender por qué se lo llevaron a la fuerza en aquella noche interminable y sofocante de agosto, con mi madre a punto de salir de cuentas. Mi padre era el jefe de estación de un minúsculo pueblo al que le habían asignado por sus méritos solo un año antes. Ojalá nos hubiéramos quedado donde estábamos, en aquella acogedora ciudad de provincias donde mis padres hicieron tan buenos amigos y yo fui tan feliz en la escuela. Quizá así él y mi hermano se hubieran salvado.

Mamá estaba terminando de preparar la cena junto con la Joaquina cuando aporrearon con violencia la puerta. Aún no lo sabíamos, pero en aquel instante la paz murió en nuestra casa. Nos asustamos todas menos papá, que siempre supo mantener la calma. Apagó la radio, se levantó y fue a abrir. Aquellos malnacidos entraron con ferocidad, lo agarraron por el cuello de la camisa y se lo llevaron, casi en volandas, hasta la habitación.

Mientras le gritaban sin parar, oímos cómo se abrían y cerraban cajones y caían objetos al suelo. Después de destrozarlo todo, tan sólo se llevaron su carné del sindicato y le arrastraron al camión con la excusa de que debía acompañarles al cuartel.

Mi madre supo en aquel momento que papá no volvería, y presa de un ataque de nervios, rompió aguas al poco de quedarnos solas. La Joaquina fue a llamar al médico y volvió rápido para acompañarla. El señor médico no se presentó en toda la noche, y la Joaquina, viendo que algo iba mal, volvió a buscárselo al amanecer. Este apareció de mala gana, encontrándose a mi madre fuera de sí y con unos dolores insoportables. El niño parecía no poder salir. Yo estaba aterrada. Todavía recuerdo cómo mis lágrimas se entremezclaban con los gritos de mi madre y con un hedor indescriptible que aún puedo sentir en la punta de la nariz cada vez que tengo miedo.



El médico, tratando con bastante frialdad a mi madre, dijo que el niño estaba mal colocado, y sin delicadeza alguna, metió el brazo, le dio la vuelta y lo extrajo con gran violencia, haciendo demasiada presión contra el pobre Manolín. Mi hermano nació con la cara azul y la cabeza destrozada. Aquel hombre apenas se inmutó, sólo indicó que el niño no sobreviviría en ese estado, que sería mejor que se muriera lo antes posible. Dio apenas unas instrucciones a la Joaquina y nos dejó solas, sin despedirse siquiera.

Mi madre, devastada, sólo pudo intentar dar calor y amamantar a lo que quedaba de niño entre sus brazos. Manolín nos dejó a los tres días, no sin antes recibir bautismo obligado por parte del cura del pueblo, a quien nadie llamó. Se presentó de improviso un día después, porque, "ya que el niño tenía la desgracia de tener un padre ateo, al menos que el inocente muriera en la fe del señor". Tan pronto llevó a cabo su rito, nos abandonó a nuestra suerte, sin muestra alguna de compasión. Cuando Manolín murió, le dije a mamá que no pensaba volver a misa y para fastidiar al cura me volvería atea, como papá, aunque aún no entendiera lo que eso significaba.

Cuando pudimos ir a preguntar unos días después, mi padre ya no estaba en el cuartelillo del pueblo, y nadie quiso decírnos dónde se lo habían llevado, pero la Joaquina era muy cabezona y consiguió contactar con los amigos de mis padres en la capital y pedirles ayuda. Gracias a ellos supimos que aún estaba vivo, pero retenido en la cárcel de la ciudad junto con muchos otros hombres que se habían llevado de aquel y otros pueblos vecinos. Rosita y Alfonso vinieron a casa y nos dijeron que irían cada día a intentar visitarlo. Le llevarían comida, mudas o lo que necesitara. Nunca pudieron verlo, pero sí consiguieron la dirección donde podríamos enviar cartas para comunicarnos con él. Si no hubiera sido por ellos, nunca lo habríamos encontrado y nos hubiéramos quedado estancadas, esperando su vuelta en aquel estercolero.



La situación duró algo menos de un mes en el que mamá recibió sólo cuatro cartas de papá. Él le prometió que escribiría todos los días para hacernos saber que seguía vivo y así no perderíamos la esperanza. Ella, que nos mantendríamos fuertes. Nunca le contó la muerte de Manolín.



Una mañana recibimos de vuelta nuestra última carta con un matasellos diferente, que indicaba: "salió". En ese momento mamá entendió que él ya no estaba entre nosotros.

Decidimos dejar la estación y volver a la ciudad, pues nada nos ataba ya a ella, y, además, la Joaquina nos dijo que los del pueblo nos querían echar, así pues no había alternativa. Nos despedimos entre lágrimas y agradecimiento. Nunca volvimos a saber de ella. A veces me pregunto si sobreviviría a la guerra. Sin su ayuda no creo que hubiéramos reaccionado en medio de tanto dolor y conservado la poca esperanza que nos quedaba.

Llegamos a la ciudad y comenzamos a indagar sobre el lugar donde podían haber enterrado a papá. Pronto nos confirmarían que estaba en una fosa común junto al cementerio, donde llevaban a fusilar a todos los que salían por la puerta de esa cárcel al amanecer. Con los años, volví algunas veces a visitarlo, y hasta le llevé mi ramo de novia el día después de casarme. Según pasa el tiempo, me pesa cada vez más no haber podido encontrar la manera de sacarlo de ahí y cumplir el deseo de mi madre de enterrarlos juntos.

Tras haber encontrado a padre, nos despedimos de Rosita y Alfonso y volvimos a casa de los abuelos. En los siguientes años mamá iría encontrando con mucha dificultad trabajos mal pagados, pero poco a poco salimos adelante. Al final hasta conseguiría costearme la carrera y hacer realidad su sueño de tener una hija universitaria. Pero ella nunca volvió a ser la misma. Yo tampoco.

Ya en democracia decidí afiliarme al sindicato y honrar con ello la memoria de mi padre. Estaba muy emocionada, quería ayudar a recuperar la dignidad de todos los trabajadores, aunque no pude evitar sentir que, al hacerlo, caía en una trampa irremediable.

Cuando me dieron el carné noté cómo ese trozo de cartulina con mi foto y nombre me quemaba en las manos, y al llegar a casa el instinto me hizo buscar un sitio seguro donde esconderlo para que así nadie lo pudiera encontrar. Lejos de tranquilizarme, una sensación familiar de desasosiego fue creciendo. "*¿Y si también vienen a por mí?*", comencé a preguntarme noche y día. Aquel pensamiento irracional me quitaba el aire y me provocaba una náusea continua. No lo pude aguantar y acabé dándome de baja tres meses después. Fue muy duro aceptarlo, pero a pesar del paso de los años sé que nunca podré sentirme a salvo en ninguna parte.

HAMBRE

Autora: Elena Sabaté Rubio



Cuando la abuela veía que dejaban la comida en el plato, les decía:

- ¡Hambre teníais que haber pasado!

Y entonces les empezaba a contar cómo las mujeres hacían la tortilla sin huevos, las croquetas sin leche y las chuletas sin carne.

- Pero, abuela, ¿Cómo vas a hacer las tortillas sin huevo? Eso no es posible.



- Pues sí, querida nieta, con una pasta compuesta de harina y cáscaras de naranjas trituradas, y tan ricas que sabían, no dejábamos ni el plato manchado.

- Y las chuletas, abuela, ¿sin carne?

- Pues con algarrobas, ahí hacían un puré bien espesito y a la sartén.

Pues así teníamos que ir viviendo mientras que estábamos cercados. Madrid resistió. Había que ingeníárselas para poder comer todos los días, aunque, eso de todos los días... No os digo más, las calles quedaron sin una sola paloma, los gatos no se veían por los tejados. Comenzaron a escasear los zapatos. Subieron los precios. La vida era dura. La gente buscaba cobijo en el metro. Corrían de un sitio para otro cuando sonaba la sirena, y cuando cesaba la caída de los proyectiles se reemprendía la marcha con absoluta indiferencia. Las ambulancias iban recogiendo las víctimas. Necesitábamos vivir y la vida seguía su curso. Se vendían juguetes de confección casera, aviones de papel, jugábamos en la plaza. Las mujeres vendían tabaco y sucedáneos. Los hacían con cascarrilla de cacao, con tomillo, lo liaban con hojas de lechuga secas. Las canciones que sonaban en Madrid levantaban valientemente la moral.



*Si mequieres escribir,
ya sabes mi paradero,
Si mequieres escribir,
ya sabes mi paradero,
En el frente de Madrid,
primera línea de fuego.*

Entonces la abuela se quedaba en silencio, con los ojos brillantes, humedecidos. Y es que toda la familia se trasladaba del pueblo a Madrid en busca de nuevas oportunidades, animados por unos familiares que años antes habían hecho el mismo recorrido.

Cargaron el carro con los enseres necesarios e iniciaron la partida hacia una nueva vida. Ella, que era la mayor, montó en el tren con su hermano pequeño con el fin de que resistiera mejor el viaje. Sus padres y tres hermanos más, con la carreta, iniciaron la marcha hacia Madrid.

Y ocurrió que estalló la guerra, sus padres quedaron en el camino, no pudiendo llegar. Y así fue como la abuela se vio sola en Madrid con su hermano, al amparo de una familia que apenas conocía. No tardando, la pusieron a trabajar en la fábrica cosiendo uniformes, siendo todavía una niña.

Pero lo peor vino después, cuando acabó la guerra.

Muchos ciudadanos de Madrid acabaron presos, mujeres y hombres. Muchos niños quedaron huérfanos porque sus padres no volvieron del frente ni supieron qué fue de ellos.

La abuela esperaba con angustia encontrarse con su familia, muchos días al caer la noche evocándolos se le ponía un nudo en la garganta, fantaseaba con la llegada de todos ellos. En su lugar, llegó un primo que le notificó que su padre había sido fusilado y enterrado, no sabía donde.



Siete años estuvo su madre presa. Cuando salió y se reunieron se le había olvidado sonreír. La amargura que arrastraba, recordando a sus hijos, no le abandonó en toda su vida. Ni siquiera el encuentro con su hija y su otro hijo le ayudaron a superar la pérdida.

También la abuela sufrió las consecuencias. Ver como su madre se iba apagando, el dolor de ver mermada la familia, el tener que crecer deprisa, con incertidumbre y hambre de todas las formas conocidas.

Fue al casarse cuando se le iluminó la vida, pero jamás olvidó a sus hermanos. Todavía hoy en día recuerda sus cumpleaños y piensa en ellos. Se pregunta cómo serán, dónde acabaron, sueña que algún día llamarán a su puerta y al abrirla allí estarán, tal como los recuerda, y podrán abrazarse por fin.

OÍR, VER Y CALLAR. LA PULSERA

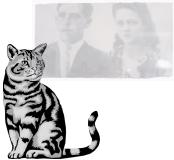
Autora: Ana M^a Rabadán Jiménez



Clara tiene noventa y dos años, tres gatos, y una mirada que la delata enfadada con el mundo. Como otros tantos viejos con ojos acusos, han visto de él más de lo que hubieran querido. Lo sigue mirando desde un sillón al lado de la ventana de un cuarto de estar, ordenado, con muebles de diferentes décadas, destacando algunos que se notan hechos a mano, sencillos y prácticos, pero no por ello menos bonitos. De su dilatada existencia, Clara sólo tiene un par de fotos antiguas, con señales de doblez inoportunas y comidas por las esquinas, enmarcadas en madera y en las que puede leerse grabado: "Con cariño Andrés". En la primera, una pareja el día de su boda, él moreno, de ojos grandes y una sonrisa amplia, vestido con un traje de pana negro. Ella, de negro también, sonríe bajando unos ojos tímidos, mientras sujetas unas pequeñas rosas blancas. La otra foto recoge un día de fiesta y dos niñas. Una es Clara, a los cuatro años mollar, se coge de la mano de Fina, de catorce, alta, morena, con la sonrisa de su padre y los ojos cándidos de su madre.



Con cariño Andrés



La mayoría del tiempo, su mirada no se dirige a nada ni a nadie. Su sobrina Matilde, tras enviudar, vive con ella. La casa es grande y aunque Clara agradece la compañía, su carácter huraño hace que gatos, y personas comparten techo, comida y sobre todo silencios llenos de historias no contadas. Algunas se cuelan por las noches en sus sueños, provocando lo que sus médicos han calificado como terrores nocturnos. Entonces Clara se levanta de mal humor, maldiciendo entre dientes a cuervos y muñecos rotos. Según Amelia, la Yaya tiene perdida la cabeza y lo mejor sería que estuviera tranquila y cuidada en una residencia.

La visita de Amelia, tan esperada por Matilde, como fastidiosa para la vieja, rompe el tedio de un ambiente sólo tranquilo en apariencia.

Tan pronto Clara siente el timbre, aprieta un poco más su boca y alisa su mandil, del que salta Pita, su gata carey.



Los azulejos añil, con motivos florales convergen hasta la figura de Amelia que se aproxima desde el fondo del pasillo.

OÍR, VER Y GALLAR. LA PULSERA



Alta, las caderas anchas y piernas largas de Fina, viste unos pantalones amplios, de un azul elegante, dan paso a una blusa canela, que sostiene un bolso crema, a juego con unos zapatos de salón. El pelo, peinado de peluquería, cobija unas perlitas bailonas bajo las orejas, y a su cuello se abraza una gargantilla. A pesar de sus recién cumplidos veinticuatro años aparenta más edad.

Su forma de andar era la misma que había tenido Fina, según la recordaba Clara, siendo un ratón que llevaba su hermana de la mano. La seguía a todas partes, – ¡vamos ratón! –, le decía. La recuerda guapa, alegre, con su bata lila de verano y sus alpargatas, yendo juntas al caño de la fuente grande a por agua, o ayudando a la madre a lavar, la ropa y los pañuelos de colores que gastaba su padre, pastor y quesero de profesión.



Por un momento Clara mira a Amelia con dulzura.

– Yaya, ¡qué guapa estás! Dame dos besos.

Fina se desvanece al situarse frente a Clara, su nieta. Amelia se acerca a besarla, notando como la vieja ladea la cara. Se la coge con las manos, plantándola un beso en cada una de las mejillas hundidas.

– ¡Qué raspa eres, con lo que yo te quiero Yaya! ¿Sabes que el viernes pasado fue mi cumpleaños? Pues mira lo que te he traído.

Las manos de Amelia se ocultan dentro de su bolso, apareciendo con una pulsera de perlas falsas unidas por una goma elástica. En el centro una pequeña banderita española y el emblema del partido político que había encargado.

– Mira son como las mías. – dice mientras sujetá la muñeca tensa de Clara colocando la baratija. – Te queda muy bien ¿Te gusta?

– Muy bonita – responde Clara mirando hacia su gata, que se pasea tan indolente como ella.

– A ti te he traído otra mamá.

Su madre, más complaciente, se acerca a ver su regalo.

– Uy hija, ¡qué elegante! No tenías que haber traído nada.

Como si fuera una confidencia, Amelia se acerca a su madre. – No es para tanto, las daban el otro día en el mitin y os he cogido estas. A ver, trae que te la ponga. ¿Y qué dirás que ha pasado?

– ¡Ay no sé! ¿qué?



OÍR, VER Y CALLAR. LA PULSERA



- Han propuesto a Ernesto para que vaya en las listas. Creo que le consideraron mucho cuando se enfrentó a los que querían cambiar el nombre de la Plaza del 18 de Julio. ¿A ver a santo de qué? Se ha llamado así toda la vida. Es lo que dice Ernesto, que aún no han asumido que perdieron una guerra. Eso ya pasó y lo mejor es no reabrir las heridas.

Matilde mira a Clara, que vuelve sus ojos a la ventana, e intenta cambiar de conversación.

- Como sabíamos que venías he hecho carrilladas con patatas, ¡te vas a chupar los dedos!

- La gente está muy harta mamá. Esto está lleno de extranjeros quitando el pan a los españoles y esos los que trabajan, porque la mayoría se las ingenia para cobrar y no dar un palo al agua. ¿Y los menas estos que no paran de llegar? Como son menores pueden hacer cualquier cosa que nadie les va a hacer nada. Robar, violar, lo que quieran. Al día de mañana no van a quedar españoles en España, todos moros. ¿Tú que dices Yaya? ¿A que las cosas cuando eras joven eran de otra manera?

- Yo ya no me acuerdo. Vosotros que habéis estudiado, yo no pude. A mí sólo me enseñaron a trabajar, oír, ver y callar.

Tras la sentencia, Amelia mira a su madre, que le devuelve la mirada y menea la cabeza a modo de regañina. Clara, mira a la joven y traspasa sus ojos para reencontrarse con los de una Fina de catorce años, que la mira cómplice desde el pasado.



- Padre, déjenos bajar a ver como trepan los mozos la cucaña, que yo no suelto a Clarita de la mano.

- Bueno. Pero antes de las ocho, pa casa, ¿jeh?

- Sí padre.

- Sí padre – repite la pequeña como si fuera un eco de la mayor.

Al hombre le hace gracia y les sonríe. Ambas, zalameras, se acercan para agradecérselo con un beso. Se limpia con el pañuelo que lleva al cuello, el sudor y el polvo de la cara, para que se lo puedan dar sin llenarse los labios de mugre.

Clara recuerda una foto más grande dentro de un marco, donde podía verle, alto, de sonrisa enorme, y unos dientes blancos que contrastaban con el color aceitunado de su piel. Esa no cabía en un bolsillo, ni siquiera en un hato de ropa. Quedaría colgada en la pared, sin nadie que la mirase.



Ese día el padre les dio unas monedas para que se comprasen caramelos, pero a Fina le pareció mejor idea invertir aquel dinero en hacerse una foto con su hermana. Era 16 de julio del 36, las fiestas de la virgen del Carmen. Una semana después vinieron a por su padre, lo subieron a una camioneta con otros hombres, del pueblo y de pueblos vecinos. Clara nunca volvería a verle más que en la pequeña réplica de la foto del salón, que su madre pudo meter en un bolsillo.

Se quedaron meses las tres solas, comidas por el miedo y la incertidumbre, su madre no supo qué hacer. Pasaron las navidades y menguaron las esperanzas de que su marido volviera. Las noticias eran confusas y generaban una angustia difícil de soportar. Algunas familias empezaban a huir por lo que se oía que se avecinaba.

La familia de su marido huyó de noche y de un día para otro pasado enero. Sus padres y su hermano vivían en Sequeros, a dos horas en el coche de línea, que desde el 19 de julio, dejó de prestar servicio.

En la puerta del corral la espera su vecina Auxi. A su marido también se lo llevaron. Viene a despedirse:

– Aquí con las niñas no estáis seguras. Cualquier día vienen y os entran en casa y os matan o algo peor.

– ¿Y si vuelve? Es mi marido. Es su padre – dijo mirando a Clara y Fina que estaban muy calladas. – Somos pastores, no podemos ser un peligro para nadie. Ni leer bien sabemos.

– No va a volver. Ninguno ha vuelto. – La vecina mira a las niñas – Acerca la jarra con el agua, que esta está ya caliente.

En cuanto las niñas salen hacia la cocina, se acerca al oído. – Dicen que los han echado en las pozas. Pepe el arriero dice que al pasar por ellas en septiembre, olía a muerte. Hazte a la idea. Coge a las niñas y vete. Ve a Almería. Mucha gente va para allá no irás sola. Nosotros salimos esta noche.

A la mañana siguiente, en la casa de su vecina, la mulilla ha desaparecido de la puerta, las ventanas están cerradas y el cacareo alegre de las gallinas se ha cambiado por silencio. Al asomarse por la tapia del corral al gallinero, las ve amontonadas e inertes.



Esa misma noche saldrían hacia Almería. Miente a sus hijas, asegurándoles que irían en busca de su padre, que las aguardaba en otro pueblo y comienza a seleccionar todo aquello que es fácil de llevar. Mira la foto de boda que cuelga en un marco en la pared, y comienza a llorar.

OÍR, VER Y GALLAR. LA PULSERA

En ese momento, Fina siente que le están mintiendo, aun así, se abraza a su madre y llora con ella bajito para que la niña no se dé cuenta.

Ni una ni otra habían tenido el valor de retorcer el pescuezo de las gallinas, por lo que Clara estuvo jugando a perseguirlas mientras ellas organizaban todo.

Anochecía y todo estaba preparado para huir. Sobre la cama había un ato con algunos trapos a los que había cosido los zarcillos que llevó en su boda y su anillo de casada. Indicó a Fina que entre el forro de un abrigo cosiera unas cucharillas de alpaca, por si resultasen de valor en caso de necesidad. Antes de amanecer saldrían de casa.

El porrazo en la puerta fue imponente. La madre desesperada corre a la habitación de sus hijas, las saca de la cama y pone su dedo índice delante de los labios, para mostrar que debían mantenerse en silencio. Después con ese mismo dedo, indica, que se metan debajo. Deprisa, coloca la ropa, para que parezca que no estaba ocupada, hacia un momento, y se escabulle hacia la parte más profunda, oscura y esquinada abrazando a sus hijas. En la entrada se oyen risotadas masculinas, una canción, a voz en grito en idioma extranjero, y conversaciones que no entienden.

– “Faccetta nera, bella abissina.
Aspetta e spera, che già l'ora si avvicina.
Quando staremo vicino a te
Noi te daremo un'altra legge e un altro re”¹

Oyen caer los cacharros de la cocina al suelo y las puertas abriéndose a patadas. Las voces suenan muy cerca.

– Potrei giurare che fosse chiusa dall'interno.²

¹ Canción italiana Facetta nera. <https://www.youtube.com/watch?v=LFFC5HigOXY>

Carita negra/bella abisinia. Espera y espera, que el momento ya se acerca. Cuando estamos cerca de ti/Te daremos otra ley y otro rey.

² Podría haber jurado que estaba cerrado por dentro.



Puedes continuar leyendo este relato en la versión online por motivos de impresión.

Oír, ver y callar. La pulsera



La puerta salta de su marco por el golpe descomunal.

- Andiamo a cercare il tesoro³

Dos cabezas sonrientes aparecen a los pies de la cama. Vuelven a desaparecer y la cama gira ruidosamente dejando al descubierto una piña cerrada de brazos, piernas y cabezas ocultas tras el miedo.

- ¡Ragazzi,abbiamo trovato un tesoro!⁴

A la carrera aparecen otros tres soldados de uniforme negro.

- ¡Vieni qui!⁵

Entre dos cogen a la madre separándola de sus hijas. El resto comienzan a abrir los cajones y armarios, tirando su contenido al suelo.

A Clara le parecen cuervos salvajes, picando entre sus despojos con sus trajes militares. A la que suben las faldas de la madre, empiezan los silbidos y las rechiflas. Uno de ellos se descerraja la bragueta al grito: ¡seminiamo fascisti!⁶

Se había quedado sola. A Fina se la arrancaron de los brazos, casi al tiempo que a su madre. Aunque sólo tenía catorce años, era grande y fuerte, por lo que pudo quitarse de encima al militar que intentaba sacarle la ropa. Un tercero se echa a reír viendo la torpeza de su compañero con la muchacha. Coge un orinal blanco, con una línea en el borde azul marino, y se lo estampa a Fina en toda la cara, haciéndola desplomarse en el suelo.

En ese momento la niña, pensando que aquel salvaje había matado a su hermana, comienza a chillar enajenada con los ojos en blanco.



3

Vamos a buscar el tesoro!

4

Chicos, hemos encontrado un tesoro!

5

¡Venid!

6

¡Sembremos fascistas!

Oír, ver y callar. La pulsera



El del orinal, que había retomado su tarea de destripar armarios y cajones, se levanta furioso con los chillidos de la niña. La coge de la pierna izquierda y la sostiene en el aire cabeza abajo.



Clara recupera la visión de un mundo al revés. Busca a su madre a la que encuentra con un soldado rebotando una y otra vez sobre ella mientras gira la cabeza y la mira desencajada ¡La niña no! ¡La niña no!

Un segundo más tarde siente un dolor inmenso entre las piernas y pierde el sentido de todo lo que estaba ocurriendo en aquella habitación.

Cuando vuelve en sí, no es consciente ni del espacio, ni del tiempo. Abre con esfuerzo unos ojos que la pesan y vuelven a caer una y otra vez. La boca está seca. Siente sed. Entre las pestañas, una luz opaca e impertinente, se escapa de unas cortinas muy tupidas, que no reconoce. Consigue parpadear repetidamente hasta que su visión se acostumbra. Aún sin todo su sentido, la niña no reconoce la habitación en la que estaba.

Según toma conciencia, el dolor punzante va apareciendo dentro, alcanzando una intensidad que parece que puede partirla por la mitad. El miedo termina de devolver a la niña a la realidad. Los cuervos se la habían querido comer, a ella a su hermana y a su madre. El miedo también hace que las lágrimas salgan solas, sin emitir sonido alguno, no fueran a volver.

Oye hablar bajito tras la puerta y se tapa instintivamente con las mantas hasta la nariz. Aquella se abre y la cabeza vendada de Fina asoma por la puerta. Tras ella su madre, y reconoce a doña Socorro, la mujer del médico, para la que su madre cosía.

Oír, ver y callar. La pulsera



Madre e hija se apoyan en cada uno de los lados de la cama. La besan llorando. La madre aparta con cuidado la manta y las sábanas que cubren a Clara. Deja al descubierto un pañal con una pequeña mancha roja oscura, que parece haber secado.

Doña Socorro se acerca a la cama. Tiene algún año menos que la madre de las niñas. Es una mujer dispuesta y resolutiva, acostumbrada a obedecer y dar las órdenes prescritas por su marido, pues le ayuda como enfermera en su práctica médica. Palpa con mimo aquella barriguilla blanda, y aunque gime dolorida, no es algo exagerado.

– La hemorragia ha cesado. Mi marido dice que ya no corre peligro, pero que la niña no podrá concebir. Tienen que tratar de llegar a Almería, nosotros saldremos mañana. Si nos acompañan, mi marido y yo podríamos hacerles las curas a las niñas y yendo juntos iremos más protegidos.

– No sé yo si estamos para ese viaje doña Socorro.

– Me han dicho que los italianos ya están cerca de Málaga. Los de la otra noche serían, o una avanzadilla o soldados que van por libre entrando en las casas y robando lo que encuentran. Si bajamos hasta Almayate llevaremos más ventaja.

Fina no dice nada, mira a su madre y asiente volviendo a besar a su hermana.

Era febrero y todavía oscurecía pronto. Por la carretera de la costa, un río de personas de todas las clases imaginables huía, con sus enseres y cacharros. A la luz de una luna cómplice, todos tenían un color sepia oscuro, a la del paso del faro, todos quedaban fotografiados en un exilio forzado por el poder militar.

Oír, ver y callar. La pulsera



Clara se animó al ver tanta gente, muchos niños con los que quizá, cuando dejara de dolerle las entrañas, podría volver a jugar. Muchos de aquellos niños iban de la mano de gentes mayores, que les guiaban con la mirada dura y seca hundida en las arrugas. Los más viejos agotados, se habían rendido a los lados del camino. Los más fuertes cargaban pequeños muebles desvencijados o los útiles que seguro utilizaban en el trabajo, como hoces, sierras, o capachos con leznas y buriles.



Doña Socorro llevaba un bebé de pocas semanas sujetado con un pañuelo grande que se turnaba con su marido, cada cierto tiempo. Fina pensó que seguramente el niño era el motivo por el que no habían huido antes. El médico tiraba de un pollino que lo hacía a su vez de un carrillo. Éste cargaba con el maletín de médico, varios libros y otros cajones, con Clara y con su hijo Andrés, aún más pequeño que ella. Un poco más atrás, iban Fina y su madre.

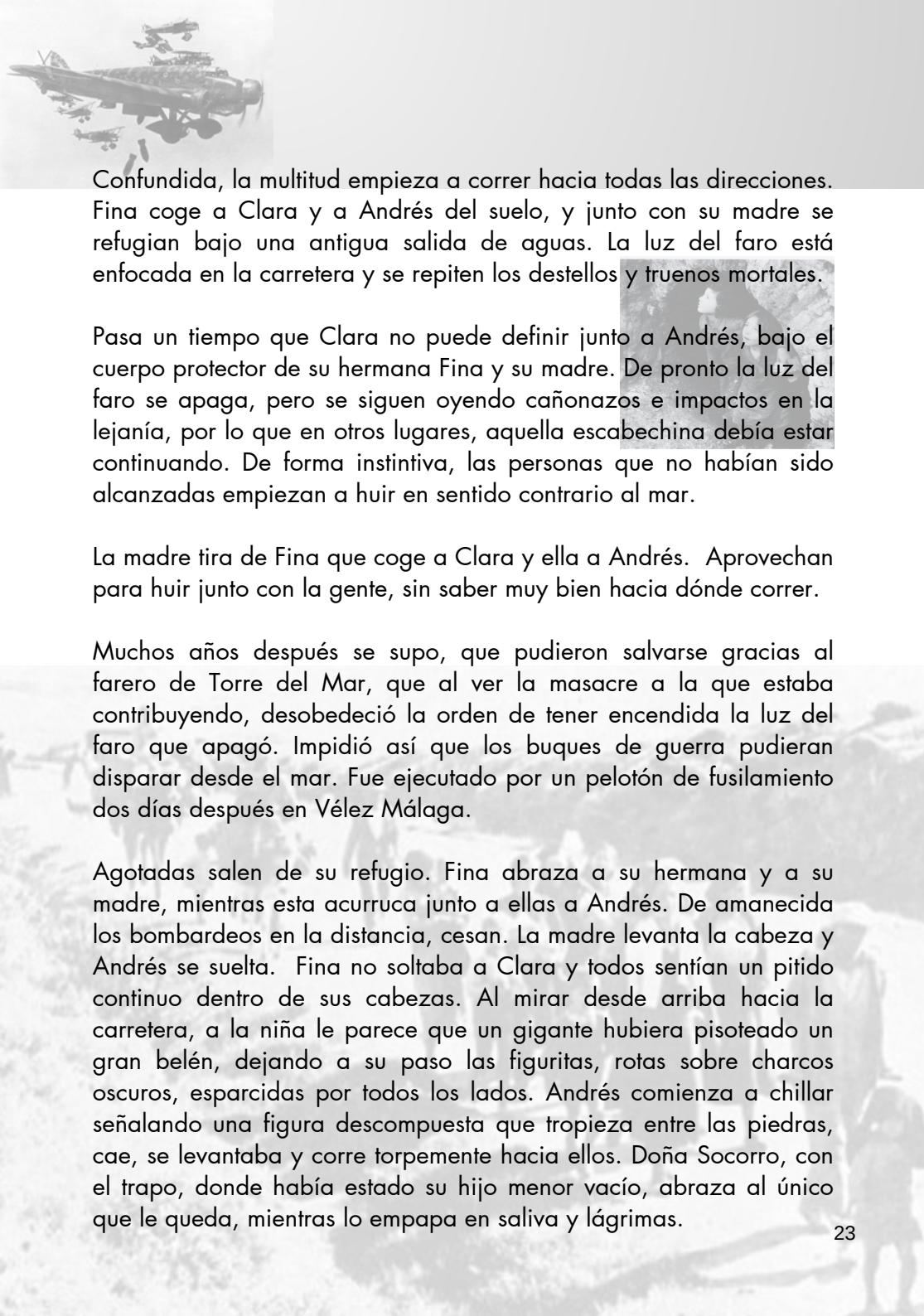
A un lado estaba la montaña, pedregosa y huidiza al paso de la luz del faro de Torre del mar. Al otro lado una pared negra con olor a salitre, de la que se oía mansamente llegar e irse a las olas.

Un destello, seguido de algo que sonó como un trueno salió del mar, e impactó contra la montaña, unas decenas de metros adelante, saltaron por el aire: piedras, personas, animales y cacharros.

Oyen llegar por el aire zumbido de aviones, que descargan más muerte sobre la gente que huía.

El pollino que tira del carrito se encabrita y huye a la carrera. Sale despedido todo lo que lleva encima.





Confundida, la multitud empieza a correr hacia todas las direcciones. Fina coge a Clara y a Andrés del suelo, y junto con su madre se refugian bajo una antigua salida de aguas. La luz del faro está enfocada en la carretera y se repiten los destellos y truenos mortales.

Pasa un tiempo que Clara no puede definir junto a Andrés, bajo el cuerpo protector de su hermana Fina y su madre. De pronto la luz del faro se apaga, pero se siguen oyendo cañonazos e impactos en la lejanía, por lo que en otros lugares, aquella escabechina debía estar continuando. De forma instintiva, las personas que no habían sido alcanzadas empiezan a huir en sentido contrario al mar.

La madre tira de Fina que coge a Clara y ella a Andrés. Aprovechan para huir junto con la gente, sin saber muy bien hacia dónde correr.

Muchos años después se supo, que pudieron salvarse gracias al farero de Torre del Mar, que al ver la masacre a la que estaba contribuyendo, desobedeció la orden de tener encendida la luz del faro que apagó. Impidió así que los buques de guerra pudieran disparar desde el mar. Fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento dos días después en Vélez Málaga.

Agotadas salen de su refugio. Fina abraza a su hermana y a su madre, mientras esta acurruga junto a ellas a Andrés. De amanecida los bombardeos en la distancia, cesan. La madre levanta la cabeza y Andrés se suelta. Fina no soltaba a Clara y todos sentían un pitido continuo dentro de sus cabezas. Al mirar desde arriba hacia la carretera, a la niña le parece que un gigante hubiera pisoteado un gran belén, dejando a su paso las figuritas, rotas sobre charcos oscuros, esparcidas por todos los lados. Andrés comienza a chillar señalando una figura descompuesta que tropieza entre las piedras, cae, se levantaba y corre torpemente hacia ellos. Doña Socorro, con el trapo, donde había estado su hijo menor vacío, abraza al único que le queda, mientras lo empapa en saliva y lágrimas.

Oír, ver y callar. La pulsera



Fina no suelta a Clara, que intenta salir de entre su hermana. Se dan cuenta de que algo no está bien. No reacciona. Su madre, la coge por la barbilla y la llama. — ¡Fina hija!

Doña Socorro se da cuenta, suelta a su hijo y se adelanta. Suenan un par de tortazos, reabriendo algunas heridas que aún estaban vendadas. Fina abre la boca y llora como si le faltase el aire, tiembla y vomita, volviendo a la vida, como un recién nacido al que le hacen tomar su primer aliento, con el dolor de dos sopapos bien dados.

No estaban lejos de una pequeña pedanía donde vivía Paco, un ebanista, pariente lejano del desaparecido marido de doña Socorro. Ella recuerda que, hacía un año, le había salvado tres dedos, que la sierra se había llevado malamente. Paco vivía con Chispa, una perra perdiguera que lo acompañaba cuando salía. Según dijo el médico a su mujer, tras rescatar aquellos tres dedos, Paco prefería las caricias de la madera a las de cualquier hembra, salvo las de su perra. Con esta compañía lo encontraron en el taller. Tanto el animal como Paco quedaron impactados por el cuadro lamentable que se presentó ante el portón. Unos harapos bañados de polvo y sangre envolvían unos cuerpos que difícilmente podían reconocerse como personas.

Durante un tiempo, el artesano tuvo a la familia escondida en el taller de madera. Los días siguientes se oyó lo que había pasado y que mucha gente había muerto intentando huir por la carretera de la costa. La radio no dijo nada de aquello. Tuvo miedo de que vinieran a registrar las casas buscando a quienes habían conseguido escapar, pero pasaron los meses y nunca buscaron en el taller. A muchas de las casas nunca volvió nadie.

Fina redondeó su tripa, y agostó su ánimo. Nació Emilio, al que no amamantó, ni tomó en brazos en su vida, lo asumió su madre como propio. Se fueron dejando ver con el ebanista, como sus familiares.

Oír, ver y callar. La pulsera



El miedo les tuvo en silencio tanto fuera como dentro de la casa, y poco a poco se fue imponiendo una norma que en ningún momento se dijo, pero que se acató por todos ellos: oír, ver y callar.

El silencio nacido del miedo de todo un pueblo, aseguraba su supervivencia ante quien tenía la voz y el poder de una represión arbitraria, cruel y sin complejos. Esa voz que se alargaría en el tiempo durante mucho más de lo que duraron la guerra, la posguerra y la dictadura; se simularía en la transición, y cobraría fuerza en lo que se suponía una democracia consolidada.

Cuando terminó el conflicto, nadie pensaba que aquella familia no había vivido allí desde siempre. La madre de las niñas cosía y lavaba para fuera, doña Socorro pudo emplearse como auxiliar en el consultorio médico, y los niños excepto Fina y Emilio, fueron escolarizados.

Clara recuerda sus días de colegio, donde cantaban el "cara al sol", "prietas las filas" y otras canciones de carácter militar. Echa de menos a su hermana, encerrada en la cocina o cosiendo siempre sola. Añora su vida de antes, pero por lo que sea, los niños pequeños, integran de una forma más natural las catástrofes que los mayores. Pero su herida no desaparecería nunca y la perseguiría siempre, en forma de pesadilla por las noches.

En la nueva escuela, era obligatorio ir a clase a cantar para comer. En una ocasión, ella y Andrés se escaparon, a coger grillos, y el maestro, quitó a la familia la ración de aceite de una semana. También estaba prohibido reírse en la calle. Esa norma, que tampoco estaba escrita y se corregía mediante la fuerza irracional, la recordaba perfectamente. La aprendió una mañana de domingo, jugando en un banco de la plaza frente a la iglesia. Con ella estaban Andrés, Quiquín, y Roque, que era un cochino.

Oír, ver y callar. La pulsera



Este propuso jugar a ver quién de los tres eructaba más fuerte. Las chicas, según Roque, no valían para ese juego, por lo que a ella se le adjudicó el papel de árbitro. Los ruidos que emitían parecían de ranas, y les hizo mucha gracia. Don Senén el cura los oyó y acercándose por detrás, dio tal hostia a Andrés, que lo tiró del banco. Clara, paralizada, vio como Andrés se meaba encima.

Así aprendió que la gracia sólo podía ser divina y patrimonio de la iglesia, como las hostias, que además, tenían diferentes versiones.

- No vaya usted Socorro. No va a arreglar nada y puede sacar las orejas calientes.
- ¿Pero tú crees que a un niño de siete años se le puede tirar de un banco como si fuera un saco? Hombre no.

Clara había relatado de forma simple lo que había presenciado en el banco de la plaza, no había puesto o quitado una coma de lo acontecido. Tras esto, la madre del niño cogió el manto y salió de casa.

Doña Socorro, se acercó a la iglesia, a preguntar, que mal había hecho su hijo, para que llegase a casa sangrando por un oído y meado. Ver cruzar el cura a la mujer por la plaza y mandar a buscar a la guardia civil, fue todo uno. Enviada a los calabozos, tuvo que rogar Paco al cura, prometiendo arreglos en los armarios de la sacristía, para que mediara y la dejasesen salir de su encierro. Cuando lo pudo hacer, tuvo que atravesar el pueblo toda rapada, a excepción de un mechón de pelo atado con un lacito rojo, como ejemplo a otras mujeres disciplinantes. Ni había sido la primera, ni fue la última, pues a las fuerzas vivas del pueblo les gustaba este ejemplo femenino de castigo humillante. En el caso de los hombres, lo más suave, podían ser palizas, y no era rara alguna desaparición.

Clara se sintió culpable. No volvió a contar nada que considerase peligroso para alguien de su familia.

Oír, ver y callar. La pulsera



En el otoño siguiente, Emilio llamaba a su abuela mamá, a doña Socorro, le creció el pelo, y Andrés disfrutaba aprendiendo entre las virutas de madera del taller de Paco. Todo parecía evolucionar, a excepción del racionamiento, el hambre y Fina. Clara la animaba a salir, pero lo hacía sólo a misa, y siempre con su madre, si dejaba a Emilio en casa. Ya no era aquella moza que llevaba a su hermana pequeña correteando de la mano, y sabía que en el pueblo la llamaban "la espantá" por su forma de mirar huidiza, y porque siempre parecía tener frío. La niña sabía que su hermana nunca consiguió salir de aquella habitación llena de cuervos picoteando, ni de aquella carretera donde todo quedó destrozado. Tenía pesadillas, y las fuerzas mermadas por la falta de sueño. La única compañía masculina que soportaba era la de Paco.

Su "tía" Socorro, le preparaba infusiones de hierba de San Juan, y manzanilla para aplacar los nervios. Un día Clara le enseñó cinco céntimos.

– Me los ha regalado Paco para que nos convides a Andrés y a mí a regaliz. – Al decir esto a Clara se le dibuja una sonrisa que le coge toda la cara sacando media lengua. Su aspecto es muy cómico y hace reír a Fina.



– Anda tunanta, vamos a por ello, pero volvemos pronto que tengo mucha tarea. – Clara mira alrededor sin ver tarea alguna, se encoge de hombros y se engancha de su hermana como antaño.

– ¿Y Andrés?

– Se lo llevo luego al taller.

– Bueno.

De la taberna salen voces y canciones militares, patrias y verderonas de un grupo de soldados, celebrones.

Fina, nerviosa, acelera el paso. Los que están en la puerta se dan cuenta y les hace gracia, que una muchacha tan macilenta, ajada, y fea, piense que les puede suscitar algo que no sea burla.



- ¡No corras, que te vas a desmontar marioneta!

Las risas estallan como un trueno, generalizadas y cortas, olvidando pronto a Fina. Una vez hecha la broma, no merece más atención.

Los soldados inician de nuevo el soniquete.

-- "Niña bonita, no te enamores. Deja que vengan los españoles. Los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán."

Fina para en seco y Clara sale corriendo a comprar los dulces.

- "Qué se han creído, todos esos canallas, que nuestra España era fácil de conquistar. Pues si ellos tienen muchísimos cañones, nosotros tenemos lo principal: ¡Los Cojones!

*Niña bonita, no te enamores. Deja que vengan los españoles. Los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán.*⁶

- Venga Finá. -Toma su mano, le enseña dos palitos como si fueran trofeos y vuelven a casa. En el taller están Paco trabajando y Andrés enredando con un taco que empieza a tomar forma de pera. El niño se acerca con él y se lo enseña a las hermanas.

- ¡Mirar! Casi parece una peonza ya. Dice Paco que la tengo que liar igualada para que cuando baile lo haga derecha.

Las hermanas aprecian el buen trabajo del joven aprendiz.

- No tiene malas manos aquí el Andresin. - Apunta Paco con su lapicero rojo en forma oval.

6

Versión española de la canción *Facetta negra*, que cantaban tanto republicanos como los golpistas.





Mientras Clara examina la pieza, Andrés comienza a chupar su palo dulce. El taller ofrecía a los niños un espacio de juegos y aprendizaje, que la escuela no les daba. Aprendían por lo menos a calcular pequeños volúmenes y a hacer cuentas.

- ¡Gracias Fina! – dice Clara, sonriendo a su hermana y chupando el palo dulce.
- ¡Gracias Fina! – responde Andrés como un eco de su compañera de aventuras.



Fina recuerda cuando ella era el principio de aquellos ecos cómplices. Sonríe y les saca la punta de la lengua, a lo que enseguida los niños responden con sus lenguas, totalmente fuera de unas bocas, que empezaban a tirar los dientes. Cierra y va a la cocina a pelar patatas o lo que viera que la distrajese, del soniquete que amartillaba su cabeza. “Niña bonita, no te enamores...los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán”

En la cocina doña Socorro está al tanto de una olla de verduras con patatas, mientras retira unos ajos fritos con pimentón que perfuman la cocina de un olor rico y ahumado. Su madre baña a Emilio en un balde, para acostarlo. Es un lechón blando y mofletudo. Un niño sano, que hace gorgoritos y juega con un pequeño barquito de madera salido del taller de Paco. Cualquier madre, que hubiera querido serlo de aquel niño, sería feliz. Fina no lo era. Miraba al niño con ojos oscuros, que le intimidaban desde que tuvo cierto raciocinio para relacionar quién era quién, en aquella casa. Rehuía a aquella mujer seria, flaca y desmadejada. Sentía hacia ella un extraño miedo atávico.

Fina no se encuentra bien. Está más pálida aún que de costumbre y el frío le come los huesos, aunque la estancia tiene un ambiente cálido.

Oír, ver y callar. La pulsera



- Me voy a echar un rato. Estoy destemplada.
- Hija, un poquito de caldo ya te tomarás, si está casi hecho.

Doña Socorro vuelca la sartén de ajos y pimentón en la olla, levantando un sahumerio que inunda la cocina.

- Y esta noche no lleva sólo pan, que tiene un manojo bien hermoso de acelgas – Algo que la cocinera demuestra sacando un cazo de caldo colorado del que colgaban unas hojas verde oscuro.

Fina mira a Emilio. Al coger aire para dar una explicación, que ya hacía tiempo no creían ninguna de las tres, parece agotada.

- Tengo revuelto el estómago. – Su madre mira a doña Socorro y ésta contesta.
- Luego te subo una manzanilla a ver si se te asienta hija.
- _ Gracias tía, pero no se moleste usted.

La causa de lo que le daba vueltas en el estómago a la joven lo sabían tan bien ella, como su madre, como a la que llamó tía hasta el final de sus días. La consecuencia, estaba recibiendo un baño en un balde mientras jugaba con un barquito. Tanto causas como consecuencias nunca tuvieron, ni tendrían cabida, en las conversaciones que hubo entre ellas en aquella casa.

Clara ve salir a doña Socorro con el vaso de manzanilla hacia la habitación que compartía con Fina.

- Tía, déme usted el plato que lo subo yo y estoy un rato, a ver si quiere bajar.

La mujer asiente y traspasa el plato con la esperanza de que unas palabras zalameras y las gracias de la niña, consigan más que la infusión.

Oír, ver y callar. La pulsera



Clara sube a la habitación que comparte con su hermana un vaso dorado de manzanilla. Lo lleva en un plato sopero, a modo de bandeja para no quemarse y para que, si se derrama algo, no caiga al suelo.

– Me ha dicho madre que te duele la tripa. ¿Cómo estás?

Estaba echada en la cama tapada hasta la barbilla con la mirada fija en la ventana. Bañaba la habitación una luz tibia, de las que parece que dejase pelusillas suspendidas tras las cortinas.

– Mejor. Habré cogido frío.

– Dice madre, que si se te asienta el estómago, que bajes y cenes un poquito. Que te hará bien.

– Bueno. Pero si no bajo no me esperéis y cenar.

Clara deja el plato en la mesita de noche. Aparta un poco la lamparita para que quepa el plato, y se sienta en la cama.

– ¿Te enseño una cosa?

– Bueno

– Mira – La niña saca un pequeño diente envuelto en un papelito. – Se me ha caído masticando el regaliz. Se ha enredado y al tirar ha salido el diente. Dice Paco que seguro que mañana me encuentro un regalo por el taller.

Su hermana le sonríe. – Seguro que sí.

– Una peonza o un barquito como el de Milio.

Fina vuelve su mirada a la ventana. – Lo mismo.

– Milio es bobo. – El comentario pilla de sorpresa a su hermana.

– ¿Y eso?

– Se inventa los nombres. A mí me llama “Yaya”. Es un cabezón, le repito el nombre y que no le entra, que “Yaya”.

– ¿Y a los demás se lo llama bien?



Oír, ver y callar. La pulsera



- Más o menos, a Paco le dice "Aco", a la "tía" "Ía", a Andrés "Anés". Lo más claro que dice es a mamá, "Ma".

- ¿Y a mí como me llama?

- No te llama nada. Anda baja y probamos a ver cómo te llama.

Fina vuelve la espalda. – Otro día ratón.

- Pues cuando cene me subo aquí contigo y te doy calor para que se te pase. Si estás dormida no te despertaré.

- Bueno.

Al subir de la cena, Clara oye llorar bajito a su hermana. Siente que siempre esté tan triste. La entiende porque ella también, sueña a veces con cuervos que le pican y le hacen daño ahí abajo. Son unos pájaros malos, que a ella también le dan miedo.

Doña Socorro sube a ver cómo está Fina y ve a Clara abrazándola, las dos dormidas. Cierra la puerta y se mete en su habitación.

Clara se despierta abrazada a su hermana. El vaso de manzanilla ha perdido su nitidez y está sin tocar. Fina descansa sin dolores, con la cara serena y su brazo, con las venas abiertas, sobre un orinal blanco de porcelana, con un ribete negro y la mano sumergida en una sangre oscura.



- Yaya, Yaaya ¿No te alegras de tener un concejal de los nuestros?

Clara levanta los ojos y mira a Amelia. Con los mismos ojos de agua que habían mirado a su abuela, tendida a su lado en la cama, hacía más de ochenta años.

Oír, ver y callar. La pulsera



– No. – Es la respuesta contundente de Clara, mientras mete su dedo nudoso como un garfio por aquella ridícula pulsera, rompiéndola y haciendo que todas las cuentas caigan y boten por todos los rincones de la estancia. Los gatos saltan sobre ellas jugando como locos y esparciéndolas aún más. La vieja no desvía la mirada de los ojos de la joven.

– ¿Ves esas cuentas? Pues son pocas para las que tienen pendientes los que tú tanto defiendes.

Matilde baja los ojos y va a por el cepillo y el cogedor. Mientras su hija los abre, junto con la boca sin emitir sonido alguno. Cuando ha recogido las cuentas y vuelve, ordena:

– Amelia, deja a la Yaya. Coge tu taza y vamos a salón. Tenemos una conversación pendiente.

Clara se relaja. Su mano rugosa palmea su rodilla repetidamente y bisbisea a Pita, que al quedarse sin cuentas con las que jugar, salta de nuevo a sus rodillas. Mira como desaparecen por el pasillo madre e hija y se enrosca dando calor a las viejas articulaciones de su dueña. Ella suaviza la expresión, acaricia a su gata y vuelve de nuevo sus ojos acuosos a mirar por la ventana.



Oír, ver y callar. La pulsera



La puerta salta de su marco por el golpe descomunal.

- Andiamo a cercare il tesoro³

Dos cabezas sonrientes aparecen a los pies de la cama. Vuelven a desaparecer y la cama gira ruidosamente. Dejan al descubierto una piña cerrada de brazos, piernas y cabezas ocultas tras el miedo.

- ¡Ragazzi, abbiamo trovato un tesoro!⁴

A la carrera aparecen otros tres soldados de uniforme negro.

- ¡Vieni qui!⁵

Entre dos cogen a la madre separándola de sus hijas. El resto comienzan a abrir los cajones y armarios, tirando su contenido al suelo.

A Clara le parecen cuervos salvajes, picando entre sus despojos con sus trajes militares. A la que suben las faldas de la madre, empiezan los silbidos y las rechiflas. Uno de ellos se descerraja la bragueta al grito: ¡seminiamo fascisti!⁶

Se había quedado sola. A Fina, se la arrancaron de los brazos, casi al tiempo que a su madre. Aunque sólo tenía catorce años, era grande y fuerte, por lo que pudo quitarse de encima al militar que intentaba sacarla la ropa. Un tercero se echa a reír viendo la torpeza de su compañero con la muchacha. Coge un orinal blanco, con una línea en el borde azul marino, y se lo estampa a Fina en toda la cara, haciéndola desplomarse en el suelo.

En ese momento la niña, pensando que aquel salvaje había matado a su hermana, comienza a chillar enajenada con los ojos en blanco.



3

Vamos a buscar el tesoro!

4

Chicos, hemos encontrado un tesoro!

5

¡Venid!

6

¡Sembremos fascistas!

Oír, ver y callar. La pulsera



El del orinal, que había retomado su tarea de destripar armarios y cajones, se levanta furioso con los chillidos de la niña. La coge de la pierna izquierda y la sostiene en el aire cabeza abajo.



Clara recupera la visión de un mundo al revés. Busca a su madre a la que encuentra con un soldado rebotando una y otra vez sobre ella mientras gira la cabeza y la mira desencajada ¡La niña no! ¡La niña no!

Un segundo más tarde siente un dolor inmenso entre las piernas y pierde el sentido de todo lo que estaba ocurriendo en aquella habitación.

Cuando vuelve en sí, no es consciente ni del espacio, ni del tiempo. Abre con esfuerzo unos ojos que la pesan y vuelven a caer una y otra vez. La boca está seca. Siente sed. Entre las pestañas, una luz opaca e impertinente, se escapa de unas cortinas muy tupidas, que no reconoce. Consigue parpadear repetidamente hasta que su visión se acostumbra. Aún sin todo su sentido, la niña no reconoce la habitación en la que estaba.

Según toma conciencia, el dolor punzante va apareciendo dentro, alcanzando una intensidad que parece que puede partirla por la mitad. El miedo, termina de devolver a la niña a la realidad. Los cuervos se la habían querido comer, a ella a su hermana y a su madre. El miedo también hace que las lágrimas salgan solas, sin emitir sonido alguno, no fueran a volver.

Oye hablar bajito tras la puerta y se tapa instintivamente con las mantas hasta la nariz. Aquella se abre y la cabeza vendada de Fina asoma por la puerta. Tras ella su madre, y reconoce a doña Socorro, la mujer del médico, para la que su madre cosía.

Oír, ver y callar. La pulsera



Madre e hija se apoyan en cada uno de los lados de la cama. La besan llorando. La madre aparta con cuidado la manta y las sábanas que cubren a Clara. Deja al descubierto un pañal con una pequeña mancha roja oscura, que parece haber secado.

Doña Socorro se acerca a la cama. Tiene algún año menos que la madre de las niñas. Es una mujer dispuesta y resolutiva, acostumbrada a obedecer y dar las órdenes prescritas por su marido, pues le ayuda como enfermera en su práctica médica. Palpa con mimo aquella barriguilla blanda, y aunque gime dolorida, no es algo exagerado.

– La hemorragia ha cesado. Mi marido dice que ya no corre peligro, pero que la niña no podrá concebir. Tienen que tratar de llegar a Almería, nosotros saldremos mañana. Si nos acompañan, mi marido y yo podríamos hacerles las curas a las niñas y yendo juntos iremos más protegidos.

– No sé yo si estamos para ese viaje doña Socorro.

– Me han dicho que los italianos ya están cerca de Málaga. Los de la otra noche serían, o una avanzadilla o soldados que van por libre entrando en las casas y robando lo que encuentran. Si bajamos hasta Almayate llevaremos más ventaja.

Fina no dice nada, mira a su madre y asiente volviendo a besar a su hermana.

Era febrero y todavía oscurecía pronto. Por la carretera de la costa, un río de personas de todas las clases imaginables huía, con sus enseres y cacharros. A la luz de una luna cómplice, todos tenían un color sepia oscuro, a la del paso del faro, todos quedaban fotografiados en un exilio forzado por el poder militar.

Oír, ver y callar. La pulsera



Clara se animó al ver tanta gente, muchos niños con los que quizá, cuando dejara de dolerle las entrañas, podría volver a jugar. Muchos de aquellos niños iban de la mano de gentes mayores, que les guiaban con la mirada dura y seca hundida en las arrugas. Los más viejos agotados, se habían rendido a los lados del camino. Los más fuertes cargaban pequeños muebles desvencijados o los útiles que seguro utilizaban en el trabajo, como hoces, sierras, o capachos con leznas y buriles.



Doña Socorro llevaba un bebé de pocas semanas sujetado con un pañuelo grande que se turnaba con su marido, cada cierto tiempo. Fina pensó que seguramente el niño era el motivo por el que no habían huido antes. El médico tiraba de un pollino que lo hacía a su vez de un carrillo. Éste cargaba con el maletín de médico, varios libros y otros cajones, con Clara y con su hijo Andrés, aún más pequeño que ella. Un poco más atrás, iban Fina y su madre.

A un lado estaba la montaña, pedregosa y huidiza al paso de la luz del faro de Torre del mar. Al otro lado una pared negra con olor a salitre de la que se oía mansamente llegar e irse las olas.

Un destello, seguido de algo que sonó como un trueno salió del mar, e impactó contra la montaña, unas decenas de metros adelante, saltaron por el aire: piedras, personas, animales y cacharros.

Oyen llegar por el aire zumbido de aviones, que descargan más muerte sobre la gente que huía.

El pollino que tira del carrito se encabrita y huye a la carrera. Sale despedido todo lo que lleva encima.





Confundida, la multitud empieza a correr hacia todas las direcciones. Fina coge a Clara y a Andrés del suelo, y junto con su madre se refugian bajo una antigua salida de aguas. La luz del faro está enfocada en la carretera y se repiten los destellos y truenos mortales.

Pasa un tiempo que Clara no puede definir junto a Andrés, bajo el cuerpo protector de su hermana Fina y su madre. De pronto la luz del faro se apaga, pero se siguen oyendo cañonazos e impactos en la lejanía, por lo que en otros lugares, aquella escabechina debía estar continuando. De forma instintiva, las personas que no habían sido alcanzadas empiezan a huir en sentido contrario al mar.

La madre tira de Fina que coge a Clara y ella a Andrés. Aprovechan para huir junto con la gente, sin saber muy bien hacia dónde correr.

Muchos años después se supo, que pudieron salvarse gracias al farero de Torre del Mar, que al ver la masacre a la que estaba contribuyendo, desobedeció la orden de tener encendida la luz del faro que apagó. Impidió así que los buques de guerra pudieran disparar desde el mar. Fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento dos días después en Vélez Málaga.

Agotadas salen de su refugio. Fina abraza a su hermana y a su madre, mientras esta acurruga junto a ellas a Andrés. De amanecida los bombardeos en la distancia, cesan. La madre levanta la cabeza y Andrés se suelta. Fina no soltaba a Clara y todos sentían un pitido continuo dentro de sus cabezas. Al mirar desde arriba hacia la carretera, a la niña le parece que un gigante hubiera pisoteado un gran belén, dejando a su paso las figuritas, rotas sobre charcos oscuros, esparcidas por todos los lados. Andrés comienza a chillar señalando una figura descompuesta que tropieza entre las piedras, cae, se levantaba y corre torpemente hacia ellos. Doña Socorro, con el trapo donde había estado su hijo menor vacío, abraza al único que le queda, mientras lo empapa en saliva y lágrimas.

Oír, ver y callar. La pulsera



Fina no suelta a Clara, que intenta salir de entre su hermana. Se dan cuenta de que algo no está bien. No reacciona. Su madre, la coge por la barbilla y la llama. — ¡Fina hija!

Doña Socorro se da cuenta, suelta a su hijo y se adelanta. Suenan un par de tortazos, reabriendo algunas heridas que aún estaban vendadas. Fina abre la boca y llora como si la faltase el aire, tiembla y vomita, volviendo a la vida, como un recién nacido al que le hacen tomar su primer aliento, con el dolor de dos sopapos bien dados.

No estaban lejos de una pequeña pedanía donde vivía Paco, un ebanista, pariente lejano del desaparecido marido de doña Socorro. Ella recuerda que, hacía un año, le había salvado tres dedos, que la sierra se había llevado malamente. Paco vivía con Chispa, una perra perdiguera que le acompañaba cuando salía. Según dijo el médico a su mujer, tras rescatar aquellos tres dedos, Paco prefería las caricias de la madera a las de cualquier hembra, salvo las de su perra. Con esta compañía le encontraron en el taller. Tanto el animal como Paco quedaron impactados por el cuadro lamentable que se presentó ante el portón. Unos harapos bañados de polvo y sangre envolvían unos cuerpos que difícilmente podían reconocerse como personas.

Durante un tiempo, el artesano tuvo a la familia escondida en el taller de madera. Los días siguientes se oyó lo que había pasado y que mucha gente había muerto intentando huir por la carretera de la costa. La radio no dijo nada de aquello. Tuvo miedo de que vinieran a registrar las casas buscando a quienes habían conseguido escapar, pero pasaron los meses y nunca buscaron en el taller. A muchas de las casas nunca volvió nadie.

Fina redondeó su tripa, y agostó su ánimo. Nació Emilio, al que no amamantó, ni tomó en brazos en su vida, lo asumió su madre como propio. Se fueron dejando ver con el ebanista, como sus familiares.

Oír, ver y callar. La pulsera



El miedo les tuvo en silencio tanto fuera como dentro de la casa, y poco a poco se fue imponiendo una norma que en ningún momento se dijo, pero que se acató por todos ellos: oír, ver y callar.

El silencio nacido del miedo de todo un pueblo, aseguraba su supervivencia ante quien tenía la voz y el poder de una represión arbitraria, cruel y sin complejos. Esa voz que se alargaría en el tiempo durante mucho más de lo que duraron la guerra, la posguerra y la dictadura; se simularía en la transición, y cobraría fuerza en lo que se suponía una democracia consolidada.

Cuando terminó el conflicto, nadie pensaba que aquella familia no había vivido allí desde siempre. La madre de las niñas cosía y lavaba para fuera, doña Socorro pudo emplearse como auxiliar en el consultorio médico, y los niños excepto Fina y Emilio, fueron escolarizados.

Clara recuerda sus días de colegio, donde cantaban el "cara al sol", "prietas las filas" y otras canciones de carácter militar. Echa de menos a su hermana, encerrada en la cocina o cosiendo siempre sola. Añora su vida de antes, pero por lo que sea, los niños pequeños, integran de una forma más natural las catástrofes que los mayores. Pero su herida no desaparecería nunca y la perseguiría siempre, en forma de pesadilla por las noches.

En la nueva, era obligatorio ir a clase a cantar para comer. En una ocasión, ella y Andrés se escaparon, a coger grillos, y el maestro, quitó a la familia la ración de aceite de una semana. También estaba prohibido reírse en la calle. Esa norma, que tampoco estaba escrita y se corregía mediante la fuerza irracional, la recordaba perfectamente. La aprendió una mañana de domingo, jugando en un banco de la plaza frente a la iglesia. Con ella estaban Andrés, Quiquín, y Roque, que era un cochino.

Oír, ver y callar. La pulsera



Este propuso jugar a ver quién de los tres eructaba más fuerte. Las chicas, según Roque, no valían para ese juego, por lo que a ella se le adjudicó el papel de árbitro. Los ruidos que emitían parecían de ranas, y les hizo mucha gracia. Don Senén el cura los oyó y acercándose por detrás, dio tal hostia a Andrés, que lo tiró del banco. Clara, paralizada, mira como Andrés se meaba encima.

Así aprendió que la gracia sólo podía ser divina y patrimonio de la iglesia, como las hostias, que además, tenían diferentes versiones.

- No vaya usted Socorro. No va a arreglar nada y puede sacar las orejas calientes.
- ¿Pero tú crees que, a un niño de siete años, se le puede tirar de un banco como si fuera un saco? Hombre no.

Clara había relatado de forma simple lo que había presenciado en el banco de la plaza, no había puesto o quitado una coma de lo acontecido. Tras esto, la madre del niño cogió el manto y salió de casa.

Doña Socorro, se acercó a la iglesia, a preguntar, que mal había hecho su hijo, para que llegase a casa sangrando por un oído y meado. Ver cruzar el cura a la mujer por la plaza y mandar a buscar a la guardia civil, fue todo uno. Enviada a los calabozos, tuvo que rogar Paco al cura, prometiendo arreglos en los armarios de la sacristía, para que mediara y la dejasesen salir de su encierro. Cuando lo pudo hacer, tuvo que atravesar el pueblo toda rapada, a excepción de un mechón de pelo atado con un lacito rojo, como ejemplo a otras mujeres disciplinantes. Ni había sido la primera, ni fue la última, pues a las fuerzas vivas del pueblo les gustaba este ejemplo femenino de castigo humillante. En el caso de los hombres, lo más suave, podían ser palizas, y no era rara alguna desaparición.

Clara se sintió culpable. No volvió a contar nada, que considerase peligroso para alguien de su familia.

Oír, ver y callar. La pulsera



En el otoño siguiente, Emilio llamaba a su abuela mamá, a doña Socorro, le creció el pelo, y Andrés disfrutaba aprendiendo entre las virutas de madera del taller de Paco. Todo parecía evolucionar, a excepción del racionamiento, el hambre y Fina. Clara la animaba a salir, pero lo hacía sólo a misa, y siempre con su madre, si dejaba a Emilio en casa. Ya no era aquella moza que llevaba a su hermana pequeña correteando de la mano, y sabía que en el pueblo la llamaban "la espantá" por su forma de mirar huidiza, y porque siempre parecía tener frío. La niña sabía que su hermana nunca consiguió salir de aquella habitación llena de cuervos picoteando, ni de aquella carretera donde todo quedó destrozado. Tenía pesadillas, y las fuerzas mermadas por la falta de sueño. La única compañía masculina que soportaba era la de Paco.

Su "tía" Socorro, la preparaba infusiones de hierba de San Juan, y manzanilla para aplacar los nervios. Un día Clara la enseñó cinco céntimos.

– Me los ha regalado Paco para que nos convides a Andrés y a mí a regaliz. – Al decir esto a Clara se le dibuja una sonrisa que la coge toda la cara sacando media lengua. Su aspecto es muy cómico y hace reír a Fina.



– Anda tunanta, vamos a por ello, pero volvemos pronto que tengo mucha tarea. – Clara mira alrededor sin ver tarea alguna, se encoge de hombros y se engancha de su hermana como antaño.

– ¿Y Andrés?

– Se lo llevo luego al taller.

– Bueno.

De la taberna salen voces y canciones militares, patrias y verderonas de un grupo de soldados, celebrones.

Fina, nerviosa, acelera el paso. Los que están en la puerta se dan cuenta y les hace gracia, que una muchacha tan macilenta, ajada, y fea, piense que les puede suscitar algo que no sea burla.

Oír, ver y callar. La pulsera



- ¡No corras, que te vas a desmontar marioneta!

Las risas estallan como un trueno, generalizadas y cortas, olvidando pronto a Fina. Una vez hecha la broma, no merece más atención. Los soldados inician de nuevo el soniquete.

- "Niña bonita, no te enamores. Deja que vengan los españoles. Los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán."

Fina para en seco y Clara sale corriendo a comprar los dulces.

- "Qué se han creído, todos esos canallas, que nuestra España era fácil de conquistar. Pues si ellos tienen muchísimos cañones, nosotros tenemos lo principal: ¡Los Cojones!

Niña bonita, no te enamores. Deja que vengan los españoles. Los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán."⁶

- Venga Fina. -Toma su mano, le enseña dos palitos como si fueran trofeos y vuelven a casa. En el taller están Paco trabajando y Andrés enredando con un taco que empieza a tomar forma de pera. El niño se acerca con él y se lo enseña a las hermanas.

- ¡Mirar! Casi parece una peonza ya. Dice Paco que la tengo que lijar igualada para que cuando baile lo haga derecha.

Las hermanas aprecian el buen trabajo del joven aprendiz.

- No tiene malas manos aquí el Andresin. – Apunta Paco con su lapicero rojo en forma oval.

6

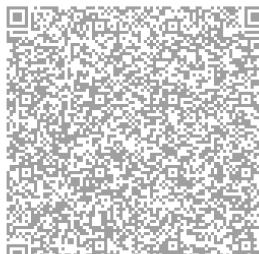
Versión española de la canción Facetta nera, que cantaban tanto republicanos como los golpistas.

[https://www.google.com/search?](https://www.google.com/search?q=Ni%C3%B1a+bonita%2C+no+te+enamores.+Deja+que+vengan+los+esp)

g=Ni%C3%B1a+bonita%2C+no+te+enamores.+Deja+que+vengan+los+esp
a%C3%B1oles.+Los+italianos+se+marchar%C3%A1n+y+de+recuerdo+un+
beb%C3%A9+te+dejar%C3%A1n.+%E2%80%9C&q=Ni%C3%B1a+bonita
%2C+no+te+enamores.+Deja+que+vengan+los+esp%C3%B1oles.+Los+it
alianos+se+marchar%C3%A1n+y+de+recuerdo+un+beb%C3%A9+te+dejar
%C3%A1n.+%E2%80%9C&gs_lcp=EqZiaHJvbWUyBggAEUYOdlBCTMz

NjJqMGoxNqACALACAA&sourceid=chrome&ie=UTF-
8#fpstate=ive&vld=cid:5983a0fa,vid:A34ylml5qMI,st:0

6





Mientras Clara examina la pieza, Andrés comienza a chupar su palo dulce. El taller ofrecía a los niños un espacio de juegos y aprendizaje, que la escuela no les daba. Aprendían por lo menos a calcular pequeños volúmenes y a hacer cuentas.

- ¡Gracias Fina! – dice Clara, sonriendo a su hermana y chupando el palo dulce.
- ¡Gracias Fina! – responde Andrés como un eco de su compañera de aventuras.



Fina recuerda cuando ella era el principio de aquellos ecos cómplices. Sonríe y les saca la punta de la lengua, algo que enseguida los niños, responden con sus lenguas totalmente fuera de unas bocas, que empezaban a tirar los dientes. Cierra y va a la cocina a pelar patatas o lo que viera que la distrajese, del soniquete que amartillaba su cabeza. “Niña bonita, no te enamores...los italianos se marcharán y de recuerdo un bebé te dejarán”

En la cocina doña Socorro está al tanto de una olla de verduras con patatas, mientras retira unos ajos fritos con pimentón que perfuman la cocina de un olor rico y ahumado. Su madre baña a Emilio en un balde, para acostarlo. Es un lechón blando y mofletudo. Un niño sano, que hace gorgoritos y juega con un pequeño barquito de madera salido del taller de Paco. Cualquier madre, que hubiera querido serlo de aquel niño, sería feliz. Fina no lo era. Miraba al niño con ojos oscuros, que le intimidaban desde que tuvo cierto raciocinio para relacionar quien era quien, en aquella casa. Rehuía, a aquella mujer seria, flaca y desmadejada. Sentía hacia ella un extraño miedo atávico.

Fina no se encuentra bien. Está más pálida aún que de costumbre y el frío la come los huesos, aunque la estancia tiene un ambiente cálido.

Oír, ver y callar. La pulsera



- Me voy a echar un rato. Estoy destemplada.
- Hija, un poquito de caldo ya te tomarás, si está casi hecho.

Doña Socorro vuelca la sartén de ajos y pimentón en la olla, levantando un sahumerio que inunda la cocina.

- Y esta noche no lleva sólo pan, que tiene un manojo bien hermoso de acelgas – Algo que la cocinera demuestra sacando un cazo de caldo colorado del que colgaban unas hojas verde oscuro.

Fina mira a Emilio. Al coger aire para dar una explicación, que ya hacía tiempo no creían ninguna de las tres, parece agotada.

- Tengo revuelto el estómago. – Su madre mira a doña Socorro y ésta contesta.
- Luego te subo una manzanilla a ver si se te asienta hija.
- _ Gracias tía, pero no se moleste usted.

La causa de lo que le daba vueltas en el estómago a la joven lo sabían tan bien ella, como su madre, como a la que llamó tía hasta el final de sus días. La consecuencia, estaba recibiendo un baño en un balde mientras jugaba con un barquito. Tanto causas como consecuencias nunca tuvieron, ni tendrían cabida, en las conversaciones que hubo entre ellas en aquella casa.

Clara ve salir a doña Socorro con el vaso de manzanilla hacia la habitación que compartía con Fina.

- Tía, déme usted el plato que lo subo yo y estoy un rato, a ver si quiere bajar.

La mujer asiente y traspasa el plato con la esperanza de que unas palabras zalameras y las gracias de la niña, consigan más que la infusión.

Oír, ver y callar. La pulsera



Clara sube a la habitación que comparte con su hermana un vaso dorado de manzanilla. Lo lleva en un plato sopero, a modo de bandeja para no quemarse y para que, si se derramaba algo, no caiga al suelo.

– Me ha dicho madre que te duele la tripa. ¿Cómo estás?

Estaba echada en la cama tapada hasta la barbilla con la mirada fija en la ventana. Bañaba la habitación una luz tibia, de las que parece que dejase pelusillas suspendidas tras las cortinas.

– Mejor. Habré cogido frío.

– Dice madre, que si se te asienta el estómago, que bajes y cenes un poquito. Que te hará bien.

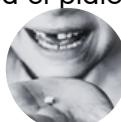
– Bueno. Pero si no bajo no me esperéis y cenar.

Clara deja el plato en la mesita de noche. Aparta un poco la lamparita para que quepa el plato, y se sienta en la cama.

– ¿Te enseño una cosa?

– Bueno

– Mira – La niña saca un pequeño diente envuelto en un papelito. – Se me ha caído masticando el regaliz. Se ha enredado y al tirar ha salido el diente. Dice Paco que seguro que mañana me encuentro un regalo por el taller.



Su hermana la sonríe. – Seguro que sí.

– Una peonza o un barquito como el de Milio.

Fina vuelve su mirada a la ventana. – Lo mismo.

– Milio es bobo. – El comentario pilla de sorpresa a su hermana.

– ¿Y eso?

– Se inventa los nombres. A mí me llama “Yaya”. Es un cabezón, le repito el nombre y que no le entra, que “Yaya”.

– ¿Y a los demás se lo llama bien?



Oír, ver y callar. La pulsera



- Más o menos, a Paco le dice "Aco", a la "tía" "Ía", a Andrés "Anés". Lo más claro que dice es a mamá, "Ma".

- ¿Y a mí como me llama?

- No te llama nada. Anda baja y probamos a ver cómo te llama.

Fina vuelve la espalda. – Otro día ratón.

- Pues cuando cene me subo aquí contigo y te doy calor para que se te pase. Si estás dormida no te despertaré.

- Bueno.

Al subir de la cena, Clara oye llorar bajito a su hermana. Siente que siempre esté tan triste. La entiende porque ella también, sueña a veces con cuervos que la pican y la hacen daño ahí abajo. Son unos pájaros malos, que a ella también le dan miedo.

Doña Socorro sube a ver cómo está Fina y ve a Clara abrazándola, las dos dormidas. Cierra la puerta y se mete en su habitación.

Clara se despierta abrazada a su hermana. El vaso de manzanilla, ha perdido su nitidez y está sin tocar. Fina descansa sin dolores, con la cara serena y su brazo, con las venas abiertas, sobre un orinal blanco de porcelana, con un ribete negro y la mano sumergida en una sangre oscura.



- Yaya, Yaaya ¿No te alegras de tener un concejal de los nuestros?

Clara levanta los ojos y mira a Amelia. Con los mismos ojos de agua que habían mirado a su abuela, tendida a su lado en la cama, hacía más de ochenta años.

Oír, ver y callar. La pulsera



– No. – Es la respuesta contundente de Clara, mientras mete su dedo nudoso como un garfio por aquella ridícula pulsera, rompiéndola y haciendo que, todas las cuentas, caigan y boten por todos los rincones de la estancia. Los gatos saltan sobre ellas jugando como locos y esparciéndolas aún más. La vieja no desvía la mirada de los ojos de la joven.

– ¿Ves esas cuentas? Pues son pocas para las que tienen pendientes los que tú tanto defiendes.

Matilde baja los ojos y va a por el cepillo y el cogedor. Mientras su hija los abre, junto con la boca sin emitir sonido alguno. Cuando ha recogido las cuentas y vuelve, ordena:

– Amelia, deja a la Yaya. Coge tu taza y vamos a salón. Tenemos una conversación pendiente.

Clara se relaja. Su mano rugosa palmea su rodilla repetidamente y bisbishea a Pita, que al quedarse sin cuentas con las que jugar, salta de nuevo a sus rodillas. Mira como desaparecen por el pasillo madre e hija y se enrosca dando calor a las viejas articulaciones de su dueña. Ella, suaviza la expresión, acaricia a su gata y vuelve de nuevo sus ojos acuosos a mirar por la ventana.



Autor: Alfonso González Solares



Esa tarde escampó después de estar lloviendo durante toda la mañana. El campo lucía una estampa radiante con el brillo húmedo recién inaugurado. Me encontraba dando un paseo en busca de setas por uno de los caminos que une mi pueblo con la cercana pedanía. El sol y el agua se habían mezclado de manera que los hongos de seguro estaban ya asomando por entre la hojarasca otoñal. Yo iba por los níscalos, frecuentes en los pinares de alrededor, sobre todo en ciertos rodales que yo conocía.

Llevaba ya unos días en el pueblo aprovechando el puente y algo de vacaciones que me quedaban. Ya había acumulado demasiado estrés urbano y necesitaba espacios, verdor y aire limpio.



Me salí del camino para dirigirme a un manantial cercano, uno de los pocos que quedaban con agua, además sin la contaminación repulsiva de los químicos agrícolas y los purines ganaderos. De repente tropecé y caí en una especie de zanja, tapada en parte por la vegetación. Parecía una trinchera asalvajada y con su profundidad suavizada por el paso de los años. Algunos animales la habían utilizado para revolcarse en el fango que se había formado dentro, a juzgar por los rastros de pezuñas y otras huellas.



Tenía algo más de un metro de profundidad y unos diez de longitud. No me hice demasiado daño aparte de un golpe en la espalda, gracias a que pude agarrarme a la vegetación y a que la pinocha amortiguó la caída. Aquello era demasiado recto y regular para ser una obra espontánea de la Naturaleza. La recorrió de un extremo a otro, fijándome en el suelo embarrado y en las paredes jalónadas de plantas, al mismo tiempo que iba palpando la tierra húmeda.

Vi algo que brillaba de manera un tanto rara, aunque llamativa. Una forma simétrica que asomaba parcialmente en el suelo. Era una lata oxidada. Por lo poco que se veía en el cartel, parecía de sardinas, aunque el deterioro dejaba la duda en el aire. Debajo había algunos cartuchos de bala. Y una petaca de esas que se usan para llevar alcohol; tenía grabada la frase "Anselmo y Fernanda". ¿Sería un regalo de boda?



LA MEMORIA GERMINA Y SE ATRINCHERA



No escarbé nada más y, con la curiosidad como acicate, regresé al pueblo con lo que había encontrado. Fui a donde estaba casi todo el mundo ese día. Había fútbol y la taberna estaba llena de gente. Primero pregunté al dueño que, por ser muy joven, no conocía ni había conocido a ningún Anselmo ni a ninguna Fernanda; pero me recomendó hablar con los señores mayores que tenían la costumbre de jugar al tute, siempre en la misma mesa. Uno de ellos dijo que había tenido un hermano mayor que había conocido a Anselmo. Fue un campesino que se casó a temprana edad y que no tardó en tener zagalas; pero la Guerra Civil comenzó y, siendo rojo como era, se hizo miliciano.

Pregunté a más gente del pueblo. Anselmo nunca volvió a casa. Y nadie certificó a su familia la defunción. Simplemente se le dio por muerto. Fernanda, su mujer, que ahora, anciana, vivía en la ciudad, se quedó con la espina clavada de no saber qué había sido de su marido. Una vez que terminó la contienda y ganaron los nacionales, se libró milagrosamente de ser fusilada y huyó a Francia junto con sus hijos atravesando furtivamente los Pirineos. Allí se casó con otro hombre, aunque nunca dejó de tener en mente al padre de sus hijos. Era complicado en aquella época, incluso en Francia, ser madre soltera, aunque fueras viuda.

Los años fueron pasando y Fernanda envejeciendo. Cuando Franco murió y llegó la democracia, la situación para ella apenas cambió, aunque pudo volver a España. El gobierno quería hacer borrón y cuenta nueva con la guerra y la dictadura, tapando y obviando el dolor causado y olvidando a los desaparecidos sumidos en el anonimato reclamados por miles de familias en toda España.

Ya con muchas arrugas, Fernanda, con la ayuda de sus hijos y nietos, y tras crear una ONG llamada "La memoria germina y se atrincherá", no ha dejado en su empeño de meter presión a lo largo de décadas, a través de documentos y cartas e indagando por su cuenta, a las Administraciones para que escuchen más a las personas como ella y que tengan en cuenta sus reclamaciones. Incluso creó un blog en el que se publicaban notas de prensa, noticias relacionadas con la memoria histórica y hasta documentos antiguos que consiguió en apenas pocos años.

LA MEMORIA GERMINA Y SE ATRINCHERA

Finalmente, y tras hablar después de semanas con muchas personas del pueblo y de los alrededores, conseguí enterarme de la dirección donde vivía en la ciudad. Decidí ponerme en contacto con ella a través del teléfono que había en el blog.

Se puso una voz joven. Era su nieta Sandra. Cuando le conté la historia de la trinchera y lo que había encontrado en ella, estalló de contenta lanzando un grito. Hablamos largo y tendido durante unos minutos y acordamos una fecha para quedar, darle la petaca y los otros restos, detallarle la situación de la trinchera.

Por desgracia, Fernanda había fallecido hacía poco. Pero su familia y la ONG estaban decididas a continuar con su labor incansable. Días después de nuestra reunión, se comenzaron las excavaciones en la trinchera y se recuperaron no sólo los restos de Anselmo y de otras personas, sino muchos otros materiales, como pistolas, sus fundas, un motón de latas.



Unos meses después, y ya concluidas las excavaciones, el Ayuntamiento del pueblo decidió, con la colaboración de "La memoria germina y se atrincherá" y los fondos que destinaba la Ley de Memoria Histórica, restaurar una vieja casa abandonada y convertirla en un museo dedicado a la II República, la Guerra Civil y la dictadura. Poco a poco, el boca a boca difundió su existencia y el pueblo se convirtió, con el paso de los años, en un lugar frecuentado y conocido.

Mientras tanto, ya los restos de Fernanda y Anselmo reposaban en paz. La memoria estaba ahora un poco menos olvidada.





Todo lo español es desmedido, como sus escritores. Acabamos siempre en trozos. Si, en trozos escogidos. Hechos trizas.

Frase de "Campo cerrado"



No hay nada peor que la costumbre. El hábito de mirar y de ver siempre lo mismo embota el entendimiento. Lo saben los dictadores, y machacan, machacan.

Frase de "Teatro completo"



Ninguna dictadura puede sobrevivir
sin violencia.

Frase de "Campo de los almendros"

Los españoles somos grandes cuando
somos cien; más, nos entrematamos.

Frase de "Campo de sangre"

MAX AUB

¡MALOS TIEMPOS!

Autora: Argeme Jiménez Domínguez



No le perdonaban que hubiera votado a las izquierdas. No se atrevieron a fusilarlo, pero se vengarían a la menor ocasión.

Cuando se enteraron de que guardaba cinco mil pesetas para construirse una casa propusieron al alcalde que lo multara, bajo la falsa acusación de moler a escondidas más trigo del permitido.

Se negó a entregar los ahorros de media vida. Prefería que lo encerraran. La familia lo convenció de que pagara.

No fue a la cárcel, pero se quedó sin casa.

Insatisfechos, los muy cabrones, lo putearon hasta su muerte.



MARÍA

Autor: José Carlos Gilazaña Puertas



Era la quinta vez que iba a verlo, la quinta vez que salía con la sensación de que podría ser la última, la quinta vez que de vuelta a casa iba repasando la conversación que habían mantenido en esos quince minutos. Se mezclaban a gran velocidad tristeza y alegría, la alegría de verlo con vida, la tristeza de verlo con signos inequívocos del intento homicida de robarle el aliento y provocarle argumentos para desistir, traicionar o delatar, aunque no supiera muy bien a qué ni a quién.

- ¡Ay, María! Ya me temía lo peor. Las otras veces no tardaste tanto.
- Perdona, hermana, no pasó nada nuevo, simplemente vine repasando una y otra vez la conversación con mi Miguel y el ensimismamiento se ve que me hace andar más lenta.

- No pasa nada, tranquila y cuéntame: ¿cómo está mi sobrino?, ¿cómo lo viste?, ¿de qué hablasteis?

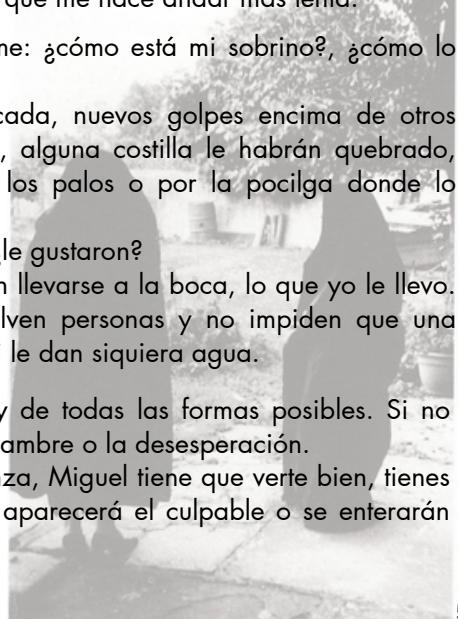
- Cada vez tiene la cara más marcada, nuevos golpes encima de otros golpes, ya no se endereza del todo, alguna costilla le habrán quebrado, tampoco respira bien, no sé si por los palos o por la pociña donde lo tienen.

- ¡Vaya por Dios! Y las magdalenas, ¿le gustaron?

- Lo mismo es lo único que le permiten llevarse a la boca, lo que yo le llevo. Parece que por un momento se vuelven personas y no impiden que una madre dé comida a su hijo, a saber si le dan siquiera agua.

Lo están matando de poco a poco y de todas las formas posibles. Si no acaban con él los golpes, lo hará el hambre o la desesperación.

- María, hay que mantener la esperanza, Miguel tiene que verte bien, tienes que darle fuerza. Tarde o temprano aparecerá el culpable o se enterarán de lo que quieran saber.



MARÍA

- Ese es el problema hermana, ¿culpable de qué?, ¿qué es lo que buscan? Porque mi Miguel sólo es culpable de no saber nada y de arrancar la tierra a surcos. La pregunta es si los civiles saben qué quieren saber o a quién encontrar. Yo creo que es un escarmiento para que todo el pueblo siga callado y a sus quehaceres. Remedios, ¿sabes lo que me ha dicho hoy muy bajito? Que quiere morirse.

- ¡Ay, Jesús! Dios aprieta pero no ahoga, ya verás como...

- Que no Remedios, que no aguanta más.

- ¡Ave María Purísima! Eso no se le ocurre a un buen cristiano.

- Este cristiano ya ha cargado bastante cruz, bastantes espinas lleva ya clavadas y bastante calvario soportado. En este caso a Dios, si es que tiene mano con estos salvajes, se le olvidó impedir que sigan apretando. Si de buen cristiano es acabar con el sufrimiento del prójimo, cuanto más el de un hijo, quizás la forma es lo de menos, sobre todo cuando no hay más que una.

- ¿Qué se te está pasando por esa cabeza, María? A cada uno le llega la hora cuando Dios quiere, una madre está para dar la vida, alimentar y cuidar de los hijos.

- Pues que Dios haga por querer más pronto que tarde ¡Más quiero yo a mi hijo! Le di la vida hace veinte años y si es preciso le quito el sufrimiento mañana mismo, aunque me muera de dolor.

Sabes que por el pueblo dicen que hablo sola por los caminos, no hablo sola, Remedios, hablo con mi marido y con mi Fede, porque no sé dónde se los llevaron a dar el paseo, porque no sé en qué recodo les quitaron la vida, porque no sé dónde los enterraron con otros tantos. Y hablo y hablo por si me escuchan o por si doy consuelo con mi voz a otros pobrecitos.

A este, a mi Miguel, por lo menos si muere dentro, si yo sé cuándo va a morir, me lo tendrán que dar, lo tendrán que llevar al cementerio, sabré donde hablarle y tú, siquieres, rezarle.

Una semana después María va de camino al calabozo a ver a su Miguel. Lleva como siempre ocho magdalenas, dos para los guardias y seis para su hijo, esas seis bañadas en lágrimas de rabia e impotencia, de tristeza y sobre todo de dolor.



RINCÓN POÉTICO

"Perdonadme que cuente de manera tan personal mi amor a las cosas inanimadas que se despierta en los que van a morir. Calle a calle, sobre un montón de casas rotas, se paseó la muerte. Abrieron el vientre de mi calle las bombas. La oigo llorar aún con sus cientos de ventanas golpeándose en sus quicios durante toda la noche. Recuerdo como primer elemento el agua que lo encharca todo y el olor, un olor a alquitrán, a humo, a polvo, a ilusiones molidas... Cuando va a comenzar un bombardeo, los gatos desaparecen, sorprendidos de vivir entre las gentes capaces de permitir tales cosas, y los perros auillan, preotegiéndose junto a nuestros pies. A los seres humanos se les ponen ojos suplicantes de niño."

"No sé si se dan cuenta los que quedaron por allá, o hicieron después, de quienes somos los desterrados de España. Nosotros somos ellos, lo que ellos serán cuando se reestablezca la verdad de la libertad. Nosotros somos la aurora que están esperando."

"Memoria de la melancolía" María Teresa León

MIQUEL HERNÁNDEZ



Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me avientan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones se levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de bueyes
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
Y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién halló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto el huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién el rayo detuvo
prisionero en una jaula?
Asturianos de bravura,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airoso como las alas;

andaluces de relámpago
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunque
torrenciales de las lágrimas;
extremenos de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
váis de la vida a la muerte,
váis de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.
Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros, de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.
Si me muero, que muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.



¿Quieres oír el poema?



¿Quieres oír al poeta?

Viento del pueblo 1937

Miguel Hernández



DOS SILLAS

Dos sillas llanas, austeras,
como austeras y también arteras
fueron las circunstancias que os vieron nacer
en un patio nada solariego.
Ahora entabláis un enésimo
y quién sabe si último discurso
llamando a una presencia ahora ausente.
Sois una estación en tierra de nadie,
donde la nada del olvido ha impuesto
su obviedad aplastante.
Ya solo os cobija la silueta fulminada
de lo que a vosotras os cobijaba.
Ya solo respalda vuestros respaldos
una pared de su vestido desgajada
a furibundos zarpazos.
Con el alma ahora jalona da
de jirones, grietas y hachazos.

Ya es solo una camisa
de fuerza transparente
que opprime la tierra
la que hace de suelo bajo vuestras piernas.
Ya solo formáis parte de una herida
en las miradas pasajeras
que yace encerrada entre alambradas.
Otros solares abandonados en el tiempo
rebosan ahora con un verdor también enjaulado.
Lo espontáneo está proscrito.
Igual que la memoria
cuyo recuerdo no interesa
porque remueve heridas y conciencias
y encarcela a muchas impunidades
que hoy día siguen asesinando
y ejerciendo a sueldo cruidades.
Solo la transmisión
de lo que esos hechos supusieron
vale innumerables vidas
del pasado, del presente y del futuro pasajeros.

Autor: Alfonso González Solares



Autora: Argeme Jiménez Domínguez

Nublada la memoria
no recuerdo el cuando
aunque sí el porqué

Emprendí viaje
un día curvo
hacia un exilio
de futuro incierto
ojos resecos
de rabia encendida

Humillación

La losa amarga
del padre muerto
el marido muerto
el hermano muerto

Pesadumbre

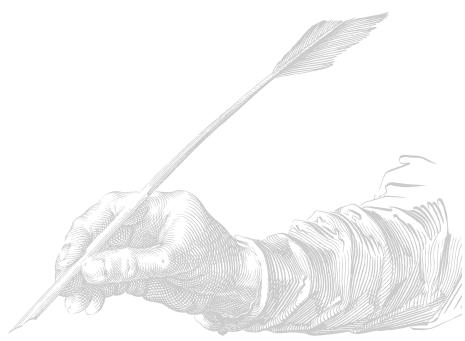
Anduve caminos
de sangre extranjera
voz extrañas
cielos ajenos

Desarraigo
Exiguo equipaje
algunos harapos
un "puñao" de tierra
y la nostalgia
de aquella primavera

Añoranza
Tal vez regrese
cuando esa patria oscura
vuelva a florecer
y nuevos aires
respiren
libertad

No sé el cuando
aunque sí el porqué





Autora:
Rosa Gamero Arrogante

Foto de la autora realizada en la exposición

'Miguel Hernández, el poeta que hacía juguetes. Octubre 2023. B.N.E.

ODA A LA LECHEIRA

Colgada en el clavo de la chimenea,
lata que brilla con las ascuas de la noche
que vendrá oscura.
Ahí estás tú, como lucero en la noche,
bañada en el agua que limpia tu vientre.
Mensajera de penas,
de amores, de esperanza, de hambre.
Arrastrando una condena
que se pasea entre las rejas de la cárcel.
Cuidate amor mío de traerla llena,
llena de amor, llena de caldo, de patata y cebolla.
Y cuando llegues a la casa, no te olvides de mirar dentro,
allí donde el carcelero canalla nunca mira.
Abre las letras oprimidas que esperan
que tus manos las desplieguen al aire,
alúmbralas, cántalas al viento.
Cántale a nuestro hijo entre tus pechos,
agarrado a la crin del potro oscuro,
que galopa hasta la gran ciudad del sueño.

LA JARA

Naciendo en la primavera
está la jara.

Brota desde tus cuencas
las mismas que los odios
quisieron dejar vacías.
Llena los campos de aroma,
aroma de tus ideas.
Mi mano herencia recuerda
en estas pequeñas líneas
y lanza el grito:
¿En qué parte del monte estás?
¿Por qué te escondieron tanto?

Mientras el cielo se nubla y llora.
Llora a esta bendita tierra
que nunca supo aspirar
mas que a miasmas de tristeza.

Autora:
Pilar Jiménez Ortega

NOS QUISIERON ROBAR LA MEMORIA

Lorca confiando el manuscrito de "Poeta en Nueva York" a su amigo José Bergamín, pocos días antes de morir asesinado.

Miguel de Molina recibiendo palizas por rojo y maricón en un intento de silenciar su copla.

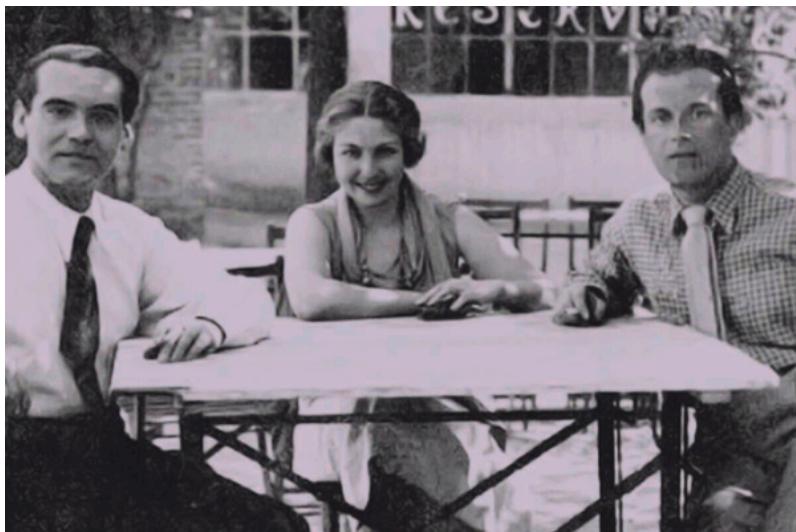
María Teresa de León sacando a toda prisa los cuadros del museo del Prado para protegerlos de la barbarie.

Las Sinsombero camino del exilio.

Pedro Garfias escribiendo en la triste travesía del Sinaia: "España que perdimos, no nos pierdas. Guárdanos en tu frente derrumbada."

Las trece rosas, marchitas y cercenadas antes de florecer.

Fotogramas de una nación que no ha sabido curar sus desgarros. Escritores y poetas, narradores de la vida que resistía ante el odio fascista, luchando junto al pueblo y muchas veces a pesar de él.



Los muertos en las cunetas, la censura y la quema, demasiado daño para hacer borrón y cuenta nueva a base de olvido y pasividad. Como escribió Antonio Gramsci, la indiferencia es el peso muerto de la historia.

Nuestras cicatrices cerradas en falso, con una cirugía precaria, acabarán por enterrar las respuestas que explicarían por qué somos así.

MEMORIAS

Autora: Irene Herraiz Ramos



Derecho a la vida



"Al Alba", originaria del disco *Albanta* (1975-78), es quizás la canción más famosa de Aute.

Está concebida, en su origen, como una canción de amor con despedida mortal. Vinculada posteriormente con los fusilamientos de 27 de Septiembre de 1975. El público la perpetuó como un alegato contra la pena de muerte.

Apropiación cultural



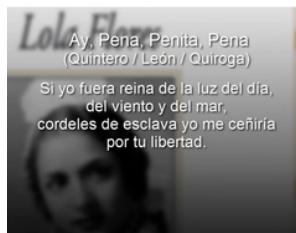
Miguel de Molina en un café de Barcelona, se sienta junto a sus amigos Rafael de León y Federico García Lorca.

Rafael empieza a hablar de una historia "de marineros, de ojos verdes, como el limón". "tú me has copiado a mí el Romance *Sonámbulo o todo lo verde lo has metido aquí*", dice García Lorca. "*Federico, tú no has inventado el verde*". Los dos poetas construyen juntos una de las coplas más famosas de la historia con la presencia de Miguel de Molina que le pide a Rafael de León poder estrenarla.

El franquismo se apropió de "La Copla" porque era un estilo que gustaba al pueblo y el régimen lo aprovechó como parte de su propaganda, cambiando letras o temáticas.

La cantante Diana Navarro lo aclara: *La copla siempre ha sido feminista, aunque ha habido letras machistas. Porque haya habido letras machistas no quiere decir que la copla haya sido machista, como tampoco es franquista. Lo que pasa que está asociada a una época de la vida de España.*

Falta de libertad

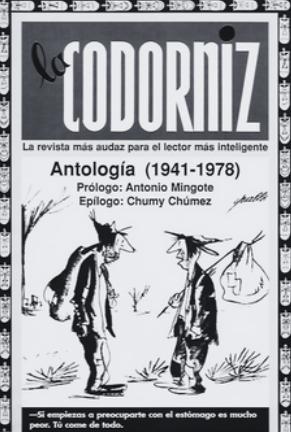


*Ay, Peña, Penita, Peña
(Quintero / León / Quiroga)*

*Si yo fuera reina de la luz del día,
del viento y del mar,
cordeles de esclava yo me ceñiría
por tu libertad.*

Cuando Lola Flores le cantaba a su amor preso en la cárcel, muchas mujeres entendieron el dolor de tener a un ser querido entre rejas. Su impotencia para liberarlos al depender de una justicia parcial. Sorteando la censura vio la luz esta canción, tantas veces oída y pocas entendida en su mensaje.

Hambré de pensamiento crítico



Fundada por el escritor y periodista falangista Miguel Mihura. Su pretensión de captar a los jóvenes que deseaban escapar a la cultura fascista, consiguió la paradoja de dinamitar los tópicos del franquismo, a través del absurdo de la realidad vivida. La revista se orientó hacia una crítica de la vida cotidiana cargada de pólvora en sus dibujos y en sus artículos".

La copla no nació fascista



Adoctrinar



Odio

Inculcar a alguien determinadas ideas o creencias.

Quien adoctrina en el odio no puede esgrimir palabras como solidaridad, por ser contrarios.

Educar en libertad



Desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de la niñez o la juventud por medio de preceptos o ejercicios. "Si conseguimos que una sola generación crezca libre en España, ya nadie les podrá arrancar nunca la libertad".

Memoria, Justicia

Carta de Blanca Brisac a su hijo.

Querido, muy querido hijo de mi alma. En estos últimos momentos tu madre piensa en ti. Sólo pienso en mi niñito de mi corazón que es un hombre, un hombrecito, y sabrá ser todo lo digno que fueron sus padres. Perdóname, hijo mío, si alguna vez he obrado mal contigo. Olvídalos, hijo, no me recuerdes así, y ya sabes que bien pesarosa estoy.

Voy a morir con la cabeza alta. Sólo por ser buena: tú mejor que nadie lo sabe. Quique mío. Sólo te pido que seas muy bueno, muy bueno siempre. Que quieras a todos y que no guardes nunca rencor a los que dieron muerte a tus padres, eso nunca.

Las personas buenas no guardan rencor y tú tienes que ser un hombre bueno, trabajador. Sigue el ejemplo de papachín. ¿Verdad hijo que en mi última hora me lo prometes? Quédate con mi adorada Cuca y sé siempre para ella y mis hermanas un hijo. El día de mañana, vela por ellas cuando sean viejitas. Hazte el deber de velar por ellas cuando seas un hombre. No te digo más. Tú Padre y yo vamos a la muerte orgullosos. No sé si tu padre habrá confesado y comulgado, pues no le veré hasta mi presencia ante el piquete. Yo sí lo he hecho.

Enrique, que no se te borre nunca el recuerdo de tus padres. Que te hagan hacer la comunión, pero bien preparado, tan bien cimentada la religión como me la enseñaron a mí. Te seguiría escribiendo hasta el mismo momento, pero tengo que despedirme de todos. Hijo, mío, hasta la eternidad. Recibe después de una infinitud de besos el beso eterno de tu madre.

y Reparación

Dignidad



Blanca Brisac. Conocida como una de las 13 Rosas. Fusilada el 5 de agosto de 1939 a los 29 años



El cura, el alcalde, el comandante de la Guardia Civil y dos padres "de bien" debían determinar si el maestro merecía o no un castigo

Depuración

La educación y la cultura siempre han sido las grandes enemigas del totalitarismo. Por eso maestros y maestras suponían un peligro para aquellos que impusieron en España un régimen que atentaba contra las libertades.

Lo hicieron a través de lo que llamaron "expedientes de depuración", una especie de informes a los que se sometía a los empleados públicos y que, en el caso de los maestros, determinaban si eran aptos o no para ejercer la enseñanza. Se establecieron Comités de Depuración en cada provincia.

Vocación

INFORME	
Nombres y apellidos	Vicente Jiménez Gloria
Apellido	Llorosa
Fecha de nacimiento: Día	25 mes Febrero año 1900
Hijo de	de
Profesión	Jornalero (fui supervisor de la C. Salud)
Nacido en	Villanueva Vera? Provincia de Cáceres
Vecino de	Villanueva Vera? Provincia de Cáceres
Domiciliado en calle	Avda Ciudad de Almería 29
Actuación Política anterior al 18 de Julio de 1936 (Hágase constar partido político o sindical a que ha pertenecido)	No pertenece a ningún partido ni sindicato



Justa Freire

Justa fue una de las primeras maestras becadas para estudiar en diversas escuelas de Francia, Bélgica y Suiza. A finales de 1932 colaboró con las Misiones Pedagógicas en San Martín de Valdeiglesias. En 1933, ganó las oposiciones a directora de escuelas graduadas con el número 2. Recién terminada la guerra, fue detenida en mayo de 1939 e ingresada en la cárcel de Ventas, donde permaneció hasta mayo de 1941. Allí siguió su labor educadora con las jóvenes allí encerradas.

Tras solicitar la revisión de su expediente de depuración, sólo en 1953 pudo volver a dar clase. Justa Freire falleció el 15 de julio de 1965 a los 68 años. En 2018 una calle del distrito madrileño de Latina fue rebautizada con su nombre, hasta que en 2021 el Tribunal Superior de Justicia repuso el anterior, el que había venido ostentando desde 1969: el del general José Millán-Astray, conocido por denostar el pensamiento y a los intelectuales.

«Ay, Carmela» parece que era mucho más antigua que la Guerra Civil y remontarse al siglo XIX, durante la Guerra de la Independencia, tras la ocupación francesa. El pueblo fue el primero en rebelarse contra el invasor. Así se entenderían carteles como éste, que relaciona las dos épocas. La canción entonces utilizaba unos textos más extensos y el estribillo era «Ay Manuela».



Rebelión

*El Ejército del Ebro,
rumba la rumba la rumba ba
la rum.
El Ejército del Ebro,
rumba la rumba la rumba ba
la rum,
una noche el río pasó,
jay, Carmela!, jay, Carmela!,
una noche el río pasó,
jay, Carmela!, jay, Carmela!*

ARBEIT MACHT FREI

"MIRASIERRA" CIUDAD SATELITE LA MAS BELLA ZONA RESIDENCIAL DE MADRID



VIVIENDO EN MIRASIERRA NO NECESITA SALIR A VERANEAR

Inmobiliaria Julian, S. A.
de Construcciones

INFORMACION:

MADRID | Tel. 207-40-02

BARCELONA | Tel. 26-00-31

Y en la propia ciudad de
Madrid, permanentemente,
señales luminosas.

HOTEL: BONIFICABLES
cerca casas, bungalows,
casa unifamiliares y otros.
Urbanización completa, con
reglas de ordenación y urbanización.

•

ÁTICOS: HACIA LA PROPIA CIUDAD

Doscientos áticos desde

98.000 pesetas

Precio explícito

•

En venta terrenos del polí-

ígono industrial de Madrid

y sus alrededores.

•

Reservado al lector. Irene Cerezo, 4



Los vencidos de la
guerra civil Las cárceles
y la redención de pena

Si hablasesen las piedras, si los ladrillos conversaran entre ellos a través de la argamasa, si las tejas de las casas que acabaron convertidas en chalets de lujo conservaran aún las huellas de aquellas manos que las colocaron, nos dictaría al oído el relato cruel del trabajo esclavo, aprovechado de presos para lucro y gloria del Régimen. Si los infinitos kilómetros de raíles paralelos acabaran encontrándose, se contarían las dolorosas historias de los hombres que fueron forzados a construirlos para redimir su pena.

Irene Herraiz Ramos



Esclavitud



EL
TRABAJO
LES
HARÁ
LIBRES

Rejas en la memoria

Los esclavos de Franco

Nos dice el logaritmo que "la esclavitud fue abolida en España en 1837 en la Península Ibérica, pero en las colonias de ultramar, como Cuba y Puerto Rico, la abolición fue más tardía. Finalmente, la esclavitud en Cuba fue abolida en 1886. "

Pero tras el alzamiento militar y la guerra, en España aparecieron nuevos esclavos. Ninguno extranjero como en aquellas guerras anacrónicas donde el botín de guerra se traía de países lejanos junto con los pobres diablos convertidos en mano de obra gratuita. Resultaban tan cercanos.



Libros

El auto de fe era un acto público organizado por la Inquisición en el que los condenados por el tribunal abjuraban de sus pecados y mostraban su arrepentimiento. Los libros no se pudieron defender ni arrepentirse de enseñar a pensar libremente.

El propósito de los procesos de la Inquisición no era salvar el alma de los condenados sino garantizar el bien público «extirmando» la herejía.

Quema de libros en el patio de la Universidad Central de Madrid, en la calle San Bernardo. Año 1939

De igual forma, los libros tenían que ser eliminados. Hambre, miedo y odio era la normalidad, y no podía haber vectores de rebelión contra ella. Los autos de fe literarios eran iniciados con la lectura de un pasaje de El Quijote de Cervantes, en el que El Cura y El Barbero queman los antiguos libros de caballerías por ser perniciosos para Don Alonso Quijano, el bueno.

Fotograma del documental “Palabras para un fin del mundo”

Quema de libros por los franquistas, en la calle Libreros de Madrid en el año 1939.



¿Quién le iba a decir que, “El asno de oro” de Apuleyo, “El Libro del Buen Amor” del Arcipreste de Hita, o “La Celestina” de Fernando de Rojas, fueran a ser perseguidos siglos más tarde de su nacimiento en papel? Valle-Inclán, Antonio Machado, Víctor Hugo, Emilia Pardo Bazán, Dostoevski, Tolstoi, y todos los de Blasco Ibáñez, que eran aclamados y llevados a la pantalla fuera de España. Libros de Azorín, Pérez Galdós y Pío Baroja, Flaubert, Goethe, Ortega y Gasset o Balzac, se unieron a la lista de los herejes. Todos ellos estaban equivocados. Libros de aventuras como “El Corsario negro”, de Emilio Salgari, “Los tres mosqueteros”, de Alejandro Dumas, “Los cuentos de Andersen”, “Los viajes de Gulliver”, o tiernos como “Platero y yo” de Juan Ramón Jiménez. Hasta persiguieron a “Caperucita”, que tuvo que cambiar de color o pronunciarse como encarnada.



Juana Capdevielle, bibliotecaria de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, asesinada por los golpistas estando embarazada

Rogelio Luque propietario de la centenaria librería Luque, fusilado en 1936.

Su mujer Pilar Sarasola consiguió sacarla adelante. Conócela



TESÓN VALOR



des
humanizarse

Apropiación
de lo común
como propio

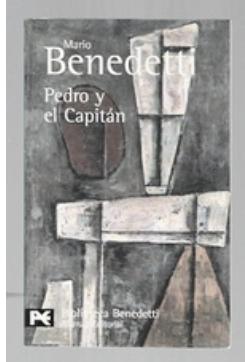


España
Se puede amar a la tierra sin odiar a tu vecino.

Cecilia compuso “Mi querida España” en 1975, el año en el que moriría Franco. Estrofas como la “España muerta” no gustaron a la censura que obligó a cambiar la letra de la canción para poderla grabar. Tampoco aparecen los versos “Esta España nueva, esta España vieja”, ni “Esta España en dudas, esta España ciega”.

Motivaciones o referencias literarias





PEDRO Y EL CAPITÁN de Mario Benedetti

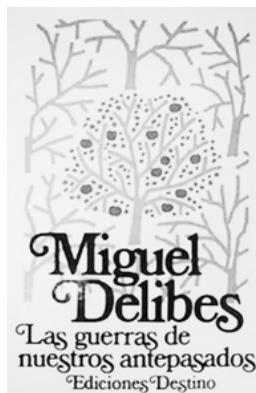
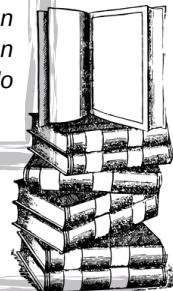
"Pedro, nos queda poco tiempo, muy poco tiempo. A usted y a mí. Pero usted se va y yo me quedo. Pedro, éste es un ruego de un hombre deshecho. Usted no es inhumano. Usted es un hombre sensible. Usted es capaz de querer a la gente, de sufrir por la gente, de morir por la gente. Pedro, se lo ruego: diga un nombre y un apellido, nada más que un nombre y un apellido. A esto se ha reducido toda mi exigencia. Igual el triunfo será suyo."

En "Pedro y el capitán" Benedetti trata el tema de la tortura a partir del diálogo entre víctima y verdugo, de los que hace un retrato psicológico. Esta obra de teatro me abrió los ojos al horror de las dictaduras del cono sur en el siglo pasado y a la vulnerabilidad de cualquier sociedad ante el totalitarismo y la violencia.

Elena Calvo

Delibes me mostró un individuo bueno y pacífico que se ve forzado a cumplir un destino ajeno. El de los suyos, que viven por y para la violencia, sin la cual, sus vidas nunca tendrían un propósito memorable.

Ana Rabadán



Miguel Delibes

Las guerras de nuestros antepasados
Ediciones Destino

Las guerras de nuestros antepasados. Miguel Delibes Pacífico Pérez es un hombre condicionado por una familia donde cada generación ha tenido, y ha disputado con orgullo, 'su guerra'. Él es el inocente a quien se programa desde niño para matar.





La Guerra Civil Española. Hugh Thomas.

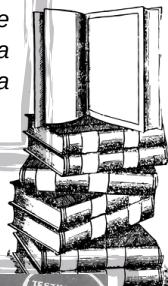
El autor analiza este devastador conflicto en el que las esperanzas, los sueños y las creencias de este siglo estallaron en el campo de batalla. La Guerra Civil refleja, como si de un microcosmos se tratara, las tensiones que llevaron a Europa a la Guerra Mundial: de la puesta en juego de las maquinaciones de Franco y Hitler, a la tragedia de Guernica y la caída de aquellos que creían en la democracia."

A través de este libro conocí la guerra civil, que nadie me quería contar

Argeme Jiménez



"una imagen puede decirlo todo
se forman en nuestra mente, también, a través de la lectura". Elena Sabaté



Desaparecidos

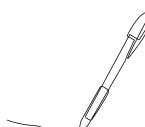


Desaparecidos. RAFAEL TORRES.

Poco que decir de las innumerables personas desaparecidas, niños robados, exiliados, muertos, no se sabe cuándo ni dónde.

En propias palabras del autor:
"Aquellos que no existe constancia legal de su muerte..."

a través de la historia oral, testigos y memorias de los que vivieron los hechos relatados





RAFAEL CHIRBES
LA BUENA LETRA

Este libro me hizo pensar mucho sobre las historias que se escondían en cada casa.

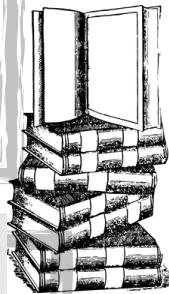
Irene Herraiz

Estas dos novelas gráficas me dieron una muestra de los sacrificios que tuvieron que hacer las personas que vivieron la guerra civil. Creo que en todos los hogares de aquella época bullían esta clase de historias, no siempre contadas y muchas de las veces hasta silenciadas. Que no se pierda lo que quede.

Alfonso González

LA BUENA LETRA de Rafael Chirves

Un autor imprescindible que en esta novela nos transporta al pasado a través de lo pequeño y cotidiano. haciendo testigo al lector de una época desgarradora.. La buena letra hace reflexionar y deja marca.



EL ALA ROTA
EL ARTE DE VOLAR
de Antonio Altarriba y Kim

El guionista Antonio Altarriba, con las estupendas ilustraciones de Kim, nos narra en estas obras la vida de su padre y de su madre, supervivientes de una de las épocas más azarosas, injustas y miserables que he tenido España. Son un testimonio inequívoco de la inteligencia, acentuada por la necesidad fundamental de sobrevivir día a día, de aquellas generaciones. Hoy esa agudeza y empuje, esa capacidad de preocuparse por los demás, se echan de menos. Que sirva de ejemplo y que no se olvide.





Tributo a Las Sinsombrero

Hablar de memoria conlleva el olvido y olvidar es dejar una parte ausente de un todo. Las mujeres de la **Generación del 27**

Se quitaron algo más que el sombrero.



Desterraron el corsé intelectual y el papel único de esposas, madres o cuidadoras. Participaron y formaron parte de una vida intelectual y artística plena hasta 1939. Rescatarlas del olvido es volver a contar con su contribución imprescindible en el entendimiento de esta Generación literaria y artística.

Nuestra última recomendación literaria:
Sus libros, y obras artísticas.

Y el libro "Las Sinsombrero"
Tania Balló. 2016

Ernestina Charrourin
Remedios Varo

Luisa Carnés
Ángeles Santos

Marga Gil Rösset

Concha Méndez

Margarita Ferreras

Concha de Albornoz

Rosa Chacel

María Teresa León

Marija Mallo

Ruth Velázquez

Delhy Tejero

Margarita Manso

Elena Fortún
Carmen Conde

Maria Zambrano



Rosario de Velasco Josefa de la Torre

relatos libres

FANZINE LITERARIO PARA LA REFLEXION



VISITANOS EN LÍNEA

<https://www.sentidosocial.eu/fanzinerelatoslibres>

No me tires. Haz de mí un regalo o déjame en
algún lugar donde otras personas puedan leerme.

